

CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950



NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE FÁTIMA
PREDICA UNA CRUZADA DE ORACIÓN Y PENITENCIA

«Vendré a pedir la Consagración del Mundo a mi Corazón Inmaculado.
Yo he venido para exhortar a los fieles...» «A que cambien de vida y
a que recen el Santo Rosario y hagan penitencia de sus pecados.»

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE
Salvador Fusté Teixidor



Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en **BESSACHS**
(GIRONELLA)

José Fontanals Hill
Hermanos

♦ ♦
FÁBRICA Y ALMACÉN
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦ ♦
ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17
Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25
BARCELONA

RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés por todos los problemas humanos y especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias, Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas el primero de cada mes.

Administración: Suscripciones, pagos, giros, pedidos, devoluciones, publicidad: Ediciones FAX, Zurbano, 80, Apartado 8001.—**Madrid.**

Redacción: Originales, libros para la Bibliografía, consultas: Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3, **Madrid.**

Precios de suscripción: España y naciones del Convenio Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90 pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado, 10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

PUBLICACIONES CRISTIANIDAD

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

35 pesetas

**Al Reino de Cristo
por la devoción a su Sagrado Corazón**

30 pesetas

Emisaria de Cristo Rey

30 pesetas

EDUARDO PUIG

REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. J. Antonio, 431

Teléfono 24 31 28

BARCELONA

El Rosario, oración de Cruzada

Tal vez pudiera sorprender que una revista de la finalidad y el carácter de CRISTIANDAD consagre sus páginas, y de un modo tan insistente en este Año Santo, a temas como el que ocupa por completo las del presente número. ¿No serían más propios de una publicación de carácter piadoso o teológico? ¿No caen incluso fuera del objeto de un órgano que tiende más bien a subrayar las consecuencias y las exigencias sociales de una regeneración espiritual de la humanidad?

Quien haya meditado en las graves consignas contenidas, para dar un ejemplo concreto y excepcionalmente significativo, en el importantísimo documento publicado en las primeras páginas de nuestro número anterior, — y así exhortamos a hacerlo a todos nuestros lectores, — se formulará la respuesta por sí mismo. Allí habrá encontrado escrito: «Quien atentamente considere todo lo dicho, comprenderá fácilmente la trascendencia máxima de esta Cruzada, que es realmente una acción que quiere y puede aportar el más eficaz auxilio a las calamidades de nuestro tiempo.»

Y esta Cruzada del Año Santo, que no nos exhorta a la inercia por cierto, sino a trabajar con la conciencia de que por nuestras oraciones y reparaciones, por nuestro apostolado y acción, podemos acelerar el advenimiento del Reino de Cristo, nos invita para ello a que se apoye «toda nuestra confianza en los medios sobrenaturales y únicamente en ellos.» Porque por los medios sobrenaturales solamente podemos alcanzar «el verdadero auxilio, esto es el auxilio divino.»

* * *

Nuestra Revista, que se propuso desde el principio reaccionar contra los perniciosos encogimientos que nacen muchas veces del respeto humano, de cuál es la máxima actualidad de nuestro tiempo: «Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo, sobrenaturalizarlo todo.»

Por ello y puesto que es elemento esencial de esta Cruzada el rezo cotidiano del Santísimo Rosario, a ser posible por toda la familia reunida, como lo acaba de confirmar el propio Pío XII, ha creído que en este mes de octubre debía consagrar un número a subrayar esta recomendación y ayudar a la vez a comprender el significado y trascendencia de esta forma de devoción tan excepcionalmente recomendada por la Iglesia. No podía, además, hallar mejores expositores de este tema que quienes lo han tomado a su cargo, haciéndose acreedores con ello a nuestra gratitud y honrando a CRISTIANDAD al adoptarla como órgano suyo en esta Cruzada del Rosario.

El Rosario ha sido desde todos los tiempos una Cruzada sobrenatural, la completa sobrenaturalización del espíritu de Cruzada. Desde el siglo de la herejía albigena, desde los tiempos de la batalla de Lepanto, cuya conmemoración, 7 de Octubre, motiva la fecha de su festividad litúrgica, hasta las Encíclicas del Papa León XIII y de modo especial después de las revelaciones de la Virgen de Fátima, no es el Rosario una forma particular de piedad, ni se dirige solamente a alcanzar el remedio a necesidades individuales.

La Iglesia y la Santísima Virgen nos invitan en verdad a orar por medio del Rosario — de un modo análogo como lo hace el sacerdote por la Misa y el Oficio divino — por la Iglesia y por el mundo, por la universal eficacia salvadora de la gracia de Cristo por la mediación de María.

«Ante todo — escribe León XIII en la «Adiutricem populi», — esperamos de la virtud del Rosario abundante ayuda para la extensión del Reino de Cristo.» Y pues en este Reinado del Corazón de Cristo y en él solamente puede hallar el mundo la solución de todos sus problemas, de imposible solución fuera de él, por esto el mismo Pontífice nos presenta en su gran Encíclica «Lætitia sanctæ» al Santísimo Rosario como remedio específico de los males del mundo moderno.

«Vean, pues, todos cuán grandes provechos deben esperarse del fecundo poder del Rosario y cuán maravillosamente apto es para curar los males de nuestro tiempo e impedirlos aún peores para nuestra civilización.

Esta esperanza brilla ya para Nos, ella nos anima, en ella nos recreamos en gran manera en medio de nuestros sufrimientos; de María, dadora y maestra del Rosario, hay que esperar que por el mismo, lleguen a pleno cumplimiento.»

La Santísima Virgen, en Fátima, vino ella misma a decirnos que el Papa tenía razón en su esperanza.—F. C.



PERFIL HISTORICO DEL ROSARIO

Sin el menor intento de establecer comparaciones —siempre odiosas y ociosas— nos es grato afirmar que no hallamos en la Iglesia Católica ninguna devoción o práctica piadosa que tan honda y ampliamente haya arraigado en el alma popular, y que tan prodigiosa y eficazmente haya intervenido en la historia del cristianismo como el Santísimo Rosario.

Su origen es dominicano y medieval. Doble verdad que no es fácil rebatir. Lo difícil es probar el tiempo y el modo de su nacimiento y formación como tal. Los nombres de «Corona de la Virgen», «Salterio de María», «Rosal o Rosario», etc., que le fueron dados en tiempos distintos, muestran y demuestran su real evolución.

De los varios libros escritos por Santo Domingo de Guzmán —vistos y leídos por sus contemporáneos— no ha llegado ni un papiro hasta nosotros; ni siquiera una mala transcripción. Se explica que la proverbial incuria de su Orden, que permitió tamaña pérdida —¡la herencia intelectual de su Padre!—, nos haya dejado huérfanos de toda prueba documental que autorice a atribuirle, sin discusión ni réplica, la paternidad del Rosario. Sin duda que aquellos benditos varones de antaño, en la plenitud de su fe noble y sencilla, no sospecharon nunca en las rígidas exigencias de los Dídimos lejanos de la crítica moderna, que necesitan ver y tocar para creer y confesar.

Con todo, el hecho de que Santo Domingo de Guzmán no le diera al Rosario la hechura concreta y completa que hoy tiene, no mengua el mérito y la gloria de haber sido su fundador. Una idea genial, una sugerencia luminosa, ¿no tienen, a veces, mucho más valor que sus realizaciones y aplicaciones prácticas? Tampoco el Avemaría, con ser de origen angélico y evangélico, tuvo, hasta el siglo xv, la unidad y perfección con que hoy la rezamos en el mundo entero. San Pío V, el Papa de Lepanto, purificándola de sus variantes arbitrarias, añadidas y mutilaciones introducidas por la piedad antojadiza de algunas diócesis y gentes, la incorporó al rezo oficial del Oficio Canónico tal como la tenemos actualmente. Es natural que el Rosario sufriera también sus evoluciones perfectivas. ¡Es tan humano el prurito de hacer algo que acredite y patente la iniciativa personal!...

El uso de las cuentas ensartadas en un cordelito o cadenilla para contar el número de oraciones o de actos buenos que se hacían, tal vez no sea de invención cristiana. La sarta colgada al cuello como símbolo de piedad y signo de oración la usaban, al parecer, los sacerdotes egipcios, los morabitos musulmanes, los monjes hindúes del Tíbet y otros pueblos orientales. Y no es raro hallarla también entre las tribus africanas, bárbaras y salvajes, como una expresión de culto idolátrico. Los tibetanos la usan todavía, confeccionándola de huesos humanos, preferentemente del cráneo. ¿Dónde tuvo origen? Porque, puede decirse, que es de todo tiempo y lugar.

No es inverosímil que los Cruzados cristianos que fueron a la conquista de Tierra Santa y los cristianos españoles que fueron invadidos por los mahometanos tomaran de ellos —convirtiendo la superstición en devoción— ese objeto tan práctico y tan cómodo de llevar. Los antiguos anacoretas, como se cuenta de Pedro el Ermitaño, recogían y guardaban en su seno tantas piedrecitas como oraciones y plegarias se proponían rezar, y las iban arrojando a medida que las recitaban. Para los apóstoles medievales —que tenían más que hacer y menos tiempo que perder— hubiera sido mucha molestia ese modo rudimentario de

contar sus actos de piedad. La sarta les resultaba mucho más práctica y mejor. La vieja iconografía ya nos pinta a San Antonio Abad y a los Santos fundadores de la Orden de Malta con sus tiras de cuentas colgadas a la cintura o pasándolas con los dedos mientras hacían oración. Santo Domingo no tuvo que inventar nada a este propósito, porque ya estaba en uso en toda la cristiandad.

«El progreso es la tradición en marcha», ha dicho alguien con mucho acierto. Y es raro el invento humano —por bien logrado que sea— aparecido a la luz pública sin dejar nada que desear. Talentos posteriores le dan madurez y perfección integral. Aunque prescindamos de todas las gracias y bellezas —tan poéticas y patéticas— de la tradición piadosa que nos pinta a la Virgen entregando a Santo Domingo el primer Rosario como un signo de triunfo contra la herejía y de salvación universal, no podemos negarle al insigne Patriarca el honor de haber sido el creador de su forma substancial: el rezo numérico de las Avemarias, la meditación conjunta de los principales Misterios de nuestra Redención y las loas finales a María Santísima. En sus labios apostólicos florecía de continuo, como una rosa viva de piedad y celo, aquella deprecación tan suya y original: «Dígnate hacerme digno de alabarte, Virgen Sagrada, y dame poder contra tus enemigos.»

Le dolían en el alma los enemigos de María, aquellos albigenses y maniqueos que blasfemaban de la Madre de Dios y desolaban la cristiandad, prefiriendo más negar y oprimir que probar y convencer. Por eso el Rosario apareció como un arma de controversia ejemplar que oponía la alabanza a la blasfemia, la virtud a la impiedad, la razón a la pasión. Lo que fué el signo de la Cruz para los ejércitos de Constantino, fué el Rosario para los nuevos apóstoles dominicos. Y brilló sobre las nubes de tempestad, que ensombrecían los horizontes de la Iglesia, como un iris de paz y de ventura. ¡Puente de luz que unió la tierra con el cielo, para que subieran las angustias y plegarias de los fieles y bajarán las gracias y bendiciones de Dios!

La Historia nos demuestra que en las grandes crisis y peligros que han amenazado la fe y la libertad del pueblo cristiano, ha sido el Rosario —desde entonces— una de las armas más eficaces para lograr del cielo el triunfo y la salvación. Por de pronto, la práctica real y verdadera del Rosario — que es penitencia y oración, afán de mejor vida y súplica de la protección divina— comienza por sanear la moral y salud públicas y por obtener la misericordia y el favor de Dios.

San Pío V, llamado con justa razón el Papa del Rosario, lo rezaba cada día y lo recomendaba encarecidamente al pueblo cristiano. Con su rezo fervoroso, hecho en forma de rogativa general, logró la ayuda milagrosa de lo alto en la gran batalla de Lepanto. Nuestros soldados iban a la lucha con el Rosario. Y —como decía Clemenceau del general Foch viéndole asistir a misa cada día: «Eso no le ha ido mal para sus victorias»— con él suplieron la desigualdad de número y la desventaja de la flota. En la tarde del 7 de octubre de 1571 vió el Papa dominico —por un milagro de revelación— el desarrollo de la batalla a mil kilómetros de distancia, mientras se rezaba el Rosario en toda la cristiandad. Los doscientos navíos cristianos derrotaron completamente a los trescientos treinta que componían la imponente flota turca; y Europa se salvó de la terrible amenaza de su invasión y tiranía. La devoción del Rosario quedó consagrada en el amor y estima de los



pueblos creyentes como la oración común de más eficacia y poderío sobrenatural. Y todos los grandes Santos la hicieron suya, hallando en su práctica asidua las más altas consolaciones y los medios más fáciles de servir y agradar a Dios y de atraerse las complacencias de la Virgen Santísima. Ellos son su mayor elogio y exaltación.

Años más tarde, 250.000 turcos, ansiosos de reparar y vengar la gran derrota de Lepanto, ponen cerco a Viena, defendida, a la sazón, por veinticinco mil soldados solamente. El Papa Inocencio XI concede jubileo y preside una solemne procesión de rogativas, llevando él mismo la imagen de la Virgen desde la Minerva a la Iglesia de los austriacos. Se reza el Rosario en todo el Imperio —en templos y calles— con multitudes de niños que piden el auxilio del cielo y la victoria final. Los turcos son alcanzados y vencidos, quedando nuevamente libre y salva la cristiandad, y con ella la civilización.

Cuando el ataque a la Rochela, la formidable fortaleza de los calvinistas, el rey Luis XIII y los dominicos de París reparten quince mil Rosarios entre otros tantos soldados. La reina madre, los Obispos, la corte, las Ordenes Religiosas y una ingente multitud de fieles rezan el Rosario en el templo dominicano. Vencido el enemigo, el rey levantó la Iglesia de Ntra. Sra. de las Victorias en honor de la Virgen del Rosario y en acción de gracias por su maternal protección sobre la capital de la nación. Los pueblos de entonces se hacían sensibles, unánimemente, al peligro y al remedio; y por eso conseguían tan señalados triunfos colectivos.

Nuestros Reyes Católicos se mostraron siempre devotísimos del Rosario. No solamente fomentaron su predicación y propagación por todos los confines de su vasto imperio, sino que ellos mismos hallaban en su meditación y rezo diario los mayores alientos para su fe, su justicia y caridad. Felipe II hacía a su hijo —heredero del trono— esta magnífica recomendación: «Si quieres prosperidad en tus Estados, no dejes nunca la práctica del Rosario.» Fiaba más del auxilio divino y de la protección de María que del valor de las finanzas y el poderío de las armas. Cualquier *armada invencible* podía ser disipada por un soplo de viento en medio del mar. En cambio, la devo-

ción del Rosario, hecha apostolado y valentía en los labios y el corazón de nuestros misioneros y conquistadores, había efectuado maravillas en las islas y continentes del Nuevo Mundo. Por eso, sin duda, hay tantas ciudades en toda Hispanoamérica que llevan el precioso y cristiano nombre de *Rosario* desde su fundación. Y aquellos próceres y patriotas de las naciones hechas a imagen y semejanza de España, que más tarde realizaron la gesta heroica de reclamar y conquistarse la patria y la libertad, sabían hincarse de rodillas ante la Virgen para rezarle su Rosario y pedirle su protección maternal.

El Rosario, en la historia de la cristiandad, es una magnífica apoteosis de triunfo y de gloria que no ha logrado ninguna otra devoción popular, porque ninguna ha llegado a arraigar tan hondamente en el alma de los creyentes ni a influir tan de veras —con su eficacia bienhechora— en los destinos y desatinos de la sociedad.

A San Antonio M.^a Claret, gran apóstol y misionero del siglo pasado, le dijo un día la Virgen: «En el Rosario está cifrada la salvación de tu patria... Quiero que seas el Domingo de Guzmán de estos tiempos.» Y cuando la Virgen se aparece a sus elegidos en forma más espectacular y llamativa, con sus mensajes de oración y penitencia, llamando a los pueblos a la reflexión y restauración de la vida cristiana, se presenta con el Rosario, recomendando su rezo y sus enseñanzas como remedio de salvación para todos. Lourdes, Pompeya, La Salette, Fátima y otros santuarios de menor atracción y devoción universal son las cátedras desde donde la Virgen Santísima se ha dignado hablarnos en estos últimos tiempos para darnos en el Rosario la gracia y el milagro de la paz y el perdón, de la salud y redención del mundo moderno. Y el gran corazón del Papa actual, Pío XII, haciéndose eco de los anhelos maternales de la Virgen Santísima, nos da por consigna: «La restauración del espíritu cristiano en el mundo por el rezo y práctica del santo Rosario.»

El perfil histórico de esta «reina de las devociones marianas», lejos de desdibujarse y palidecer en la piedad de los pueblos, se vigoriza en fervor e intensidad, haciéndose cada día una devoción más necesaria y universal.

Valencia, agosto de 1950.

Antonio Huguet, O. P.
Rector del Colegio Universitario
de «San Vicente Ferrer», Valencia

El Rosario y los Santos



Santo Domingo

Se ha escrito acertadamente que no es difícil encontrar en el repertorio biográfico de los santos ejemplares de devoción al Rosario; lo difícil sería encontrar un santo que no fuera devoto ferviente del mismo.

Todo varón de Dios ha meditado y ha vivido los misterios de Jesús y de María, asociando a ello la recitación vocal de la salutación angélica y la deprecación universal que la Iglesia dirige a la Madre de Dios y de los pecadores. No podía ser de otro modo, ya que el Evangelio se encarna vitalmente de una manera plena en el rezo y la meditación de los misterios redentores, a través de los cuales desciende al mundo la misericordia divina hecha gracia.

Nuestro intento no es abarcar plenamente los innumerables casos de que halla salpicada la hagiografía cristiana en favor de nuestra devoción. Sólo interesa dar unas pinceladas y lanzar una llamada sobre aquellos que forman época en la historia de la Iglesia y en la historia de la espiritualidad. La historia de la Iglesia va ligada estrechamente a su vitalidad íntima, que se manifiesta en una floración constante de renovación interior, cuyo exponente son los misterios cristianos hechos vida. Índice de ello será la devoción del Rosario, tan insistentemente recomendada por la Virgen como medio de renovación espiritual, del gran retorno a Dios. El supremo Pastor de las almas cifra en la devoción rosariana la consecución de la verdadera paz, del gran arrepentimiento y del amplio y generoso perdón.

Veamos, pues, la eficacia de su misión redentora, encarnada en las vidas de los santos, y, en primer lugar, en

El Fundador

Caballero español, varón universal, de visiones ecuménicas divinas, es el que rima en decenas la prác-

tica del rezo del Avemaría, acompañándola sistemáticamente de la meditación de los misterios de Jesús y de María. Fruto de larga y madura vida espiritual del Padre de los Predicadores, que lo iría cantando, como juglar mariano, por los caminos polvorientos de la Europa medieval, alternando con las estrofas del "Ave Maris Stella" y otras del repertorio litúrgico mariano. Legado de fe y de amor que entregaba a sus hijos para la renovación de aquella sociedad, en la que pululaban los primeros gérmenes de una crisis que la desplomarían, socavando poco a poco sus fundamentos tradicionales. Y cuando el Renacimiento acusa sus primeros síntomas, los hijos del Patriarca marchan a la lucha con el arma en las manos. Entonces surge un apóstol del Rosario, cuyos ecos taumatúrgicos resuenan todavía por todas las latitudes de Europa:

El Angel del Apocalipsis

Fraile de María, devoto y propagador entusiasta del Rosario, cuya acción penetra en todas las esferas sociales, desde las cortes regias hasta las más humildes clases, Vicente Ferrer no sólo es el atronador Angel del Apocalipsis, sino que es el monje Predicador, cuyas fatigas apostólicas están informadas por idilios marianos.

En las procesiones de disciplinantes por él organizadas, víacrucis sangrientos que seguían y precedían sus sermones, para las que compuso sus coplas que recuerdan la pasión del "Fill de Deu", se rezaría también el Rosario de María y se cantarían aquellas otras coplas o gozos del Rosario, que la tradición atribuye a su pluma:

"Vostres goigs amb gran plaçer
cantarém, Verge María,
puix la Vostra Senyoria
es la Verge del Roser.

* * *

Maná Vostra Senyoria
als Frares Predicadors,
que de Vostra Confraria
fossen institutors,
y aixis ells la han fundada
obeint vostre voler,
dignament intitulada
Verge y Mare del Roser.

* * *

Puix mostreu vostre poder
preserveu, Verge María,
fent miracles cada día,
Als cofreres del Roser."

San Luis Bertrán

Asceta y misionero, en quien se completa el espíritu de Vicente Ferrer, cuyo nombre suena a legión en los anales de la Provincia Dominicana de Aragón, redivivo a través de su escuela espiritual, es también un devoto entusiasta del Rosario.

No satisfecho con infundir su espíritu misionero en sus novicios, marcha a las Indias, recién descubiertas, y allí realiza maravillas, que él no se atreve a contar, con un rosario que más tarde entregó a una persona devota de Valencia.

El vencedor de la Batalla de Lepanto

La tiara de Pontífice Máximo se siente enlazada con un hábito dominicano entre los dieces del Rosario. La gesta española de D. Juan de Austria marchará animada sobrenaturalmente por una fuerza escondida que realizará el gran milagro de Lepanto, el 7 de octubre de 1571. El Papa, con el rosario en la mano, contemplará, como en cinta cinematográfica, el desarrollo de la pelea, apretando entre sus dedos sarmientos las cuentas de su rosario, arrancando de la omnipotencia mariana, la Virgen de las Victorias, el gran triunfo de la cristiandad.

El grito de "Viva María" anima a los soldados del Papa, y aquel día quedará en la historia de la Iglesia como el día de Santa María de las Victorias, asociado al título del Rosario.

Santa Teresa de Jesús

Poseemos un testimonio altamente significativo en favor del Rosario en las primeras páginas de la autobiografía de la Restauradora del Carmelo. Narra la Santa las virtudes de sus padres, de sus tres hermanas y nueve hermanos, de quienes "ninguna cosa la desayudaba a servir a Dios". Con un hermano, casi de su edad, juntábase a leer vidas de santos, encendiéndose en deseos de martirio, tratando por qué medio lo conseguirían, comprando así "muy barato el ir a gozar de Dios". Después de salirles frustrada su primera tentativa, ordenaron ser ermitaños, y en una huerta que había en su casa procuraban hacer erritas, poniendo unas piedrecillas que luego se les caían.

"Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo." Tenía doce años cuando murió su madre. "Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas."

El Rosario sería la conversación filial que la Santa tendría frecuentemente con su madre, y a Ella se encomendaría siempre, que la hizo su hija predilecta y le confió la obra titánica de la Reforma.

San Ignacio de Loyola

En la historia de la Iglesia y de la espiritualidad cristiana, levanta muy alta su bandera el Capitán es-

pañol, patriarca de legiones que han peleado siempre por la causa de Dios y de su Iglesia.

Sabemos que rezaba el Rosario entero todos los días, meditándolo con la mayor piedad, legándolo a sus hijos tan recomendado que siempre han marchado en la vanguardia de su práctica y propagación.

San Francisco Javier, lo rezaba también entero diariamente, lo llevaba al cuello en sus misiones, lo propagaba entre sus fieles y obró con él grandes milagros.

San Juan Berchmans, seguía las huellas de su Padre, rezándolo todos los días, llevándolo al cuello durante el día, circundándolo a su cuello de noche, quedando muchas veces suspenso al meditarlo. De él tenemos referida una escena colosal que testimonia su aprecio por el Rosario. En su lecho de muerte, tomando el Crucifijo, las Constituciones y el Rosario, dijo: "He aquí mis tres tesoros; con ellos muero contento."

San Alfonso Rodríguez tenía los dedos encallecidos de tanto rezarlo, y recibía rezándolo grandes favores de la Virgen.

La Compañía de Jesús, fiel a las consignas paternales, puede gloriarse de ser una de las primeras propagandistas del Rosario.

San Carlos Borromeo

El coloso Cardenal, plasmador de las ideas tridentinas, alma de alientos espirituales fructuosísimos en su clero y en su pueblo, rezaba cada día de rodillas el Rosario, devoción "divinísima" con todos sus familiares. En el reglamento de su seminario figura como devoción primordial del levita que se prepara para el sacerdocio, y a sus fieles la recomendaba con un gracioso dístico italiano, que compendia todos sus consejos: "El Rosario rezarás, lo mejor que sabrás." Y quiso dejar, como prenda visible de su devoción rosariana, la Cofradía establecida en su catedral, para que "en la Iglesia madre, a la que deben acudir sus hijos en busca de protección, hubiera también una devoción por la que se confiaran a la Madre del cielo sus hijos de la tierra: el Santo Rosario."

San Alfonso María de Ligorio

Al melfluc doctor de "Las Glorias de María", en las que tanto pondera y recomienda el Rosario, en la imposibilidad de celebrar la Misa y rezar el Oficio divino, todas sus obligaciones le fueron conmutadas por el rezo del Rosario.

Anciano y desmemoriado, hasta el punto de desconocer sus propias obras, preguntaba repetidas veces al que le asistía si había rezado ya el Rosario, porque —decía— que de esta devoción estaba pendiente su salvación, hasta tal punto que si no la cumplía dudaba de su predestinación.

San Francisco de Sales

Prudente Obispo de Ginebra, padre de santos y maestro de las almas, era infatigable rezador y propagador del Rosario. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, el fruto más sazonado de su dirección espi-

PLURA UT UNUM

ritual, declaraba: "Yo he sabido de él mismo, que en su juventud se obligó a rezar cada día el Rosario para librarse de una cruel tentación que le atormentaba. Empleaba una hora en esta práctica, meditando largamente cada misterio. Era tan solícito en esta devoción que en medio de los trabajos que le absorbían durante el día, llevaba colgado de su brazo el rosario para acordarse de rezarlo antes de acostarse. Convencido por la práctica escribiría: "El Rosario es la mejor manera de orar." "Oíd Misa todos los días, y en ella o fuera de ella, nunca dejéis de rezar el Rosario con la mayor devoción posible."

San Luis María Grignon de Montfort

Este terciario dominico, fundador y misionero infatigable de la Francia del siglo XVIII, es uno de los grandes devotos y propagandistas que cuenta la Iglesia en la historia del Rosario.

¡Cuántos rosarios, paralelos a los vía-cruces, escalando aquel monte calvario artificial que el Santo hiciera construir a los labriegos franceses! De sus manos de apóstol no se desprendía nunca el rosario, y él mismo confesaba: "Que jamás pecador alguno le había resistido a quien tendiera la mano amiga con su rosario." Sus misiones eran vivificadas con la predicación del Rosario. Sus coplas rosarianas eran cantadas por multitudes y su testamento rosariano lo dejó compendiado en la bella obrita "El secreto admirable del Santísimo Rosario". "Quitadme mi Rosario y mi labor será estéril", confesaba. "No es posible expresar cuánto estima la Santísima Virgen el Rosario sobre todas las demás devociones y cuán magnánima es al recompensar a quienes trabajan por predicarlo, establecerlo y cultivarlo, y cuán terrible es, por el contrario, con aquellos que quieren hacerle oposición."

San Antonio María Claret

"Antonio, yo quiero que seas el Domingo de este tiempo por la devoción al Rosario...; propaga la devoción del Santísimo Rosario", entendió que le decía la Virgen en la oración, el 9 de octubre de 1857. Dos meses más tarde, cuando se le presentó como modelo al gran rosarista beato Alano de la Roche, entendió que Jesucristo le decía: "Sí, Antonio, haz lo que mi Madre te manda."

Fundador de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, no podía menos de ser infatigable misionero de su Corazón mediante la propagación del Rosario. Libros, hojas, predicaciones, fueron los medios de que se valió para infundir en el pueblo esta devoción. La consideraba tan esencial al cristiano que no dudó en escribir: "Por experiencia se sabe que el que no reza el Rosario nada reza, ni tampoco vive como debe vivir un cristiano verdadero."

Santa María Goretti

Un nuevo ejemplar de santidad, propuesto al mundo en el fervor del Año Santo por Pío XII, simpático y

oportuno, por ser el modelo de la virtud cuya falta tanto turba al mundo, resulta ser un modelo espléndido de la devoción rosariana.

En su urna transparente se contempla a la pequeña virgen y mártir cubierta con una túnica blanca. Lleva la medalla de Hija de María sobre el pecho, pendiente de una cinta azul, y en la cintura un ceñidor también azul, como el de la Inmaculada de Lourdes, cuyos extremos bajan hasta los pies. En su manita derecha empuña el rosario, aquel rosario que nunca abandonó durante su vida y que la llevó a la victoria. En su casa se rezaba todas las tardes el Rosario. A Marieta, con frecuencia —declara el mismo asesino, convertido— aun en casa, cuando no estaba trabajando, la vi con el rosario en la mano. Y cuando se preparaba para la batalla final, redobló sus Rosarios y de ellos obtuvo la victoria. El asesino no comprendió, en su ciego furor, que era el instrumento divino para hacer una santa y para santificarse él también. Marieta Goretti, en su lecho mortal, expresó —como Jesús— que su deseo era que Alejandro estuviera con ella en el Paraíso.

Conclusión

En estas breves reseñas, que podíamos alargar indefinidamente, sobre el aprecio del Rosario por los santos, quisiéramos destacar una nota común, que brilla en las vidas de todos: la eficacia del Rosario como medio de santificación personal y apostólica.

Y si los santos son nuestros modelos, si la Iglesia nos los propone precisamente para que sigamos sus huellas, si ellos nos marcan una ruta de vida santa y eficaz para su sociedad, consideremos y practiquemos los medios por los que ellos llegaron al fin que nos señalan, que la providencia dispensadora de las gracias también nos las concederá abundantemente si despachamos nuestros quereres a través de la que es Madre de Dios y Madre nuestra, Virgen santa del Rosario, auxilio de los cristianos y vencedora de todas las batallas de Dios.

Fr. Vicente Forcada Comins, O. P.
Lector en Sagrada Teología



Santa María Goretti

El Rosario y los Papas

Si la excelsitud de una devoción piadosa se ha de juzgar, no sólo por sus elementos constitutivos externos y su contenido interno, sino también por la adhesión que en todas las latitudes y a lo largo de los siglos le consagró el pueblo fiel, por el aprecio fervoroso de los Santos, por las doctísimas lucubraciones con que la encarecieron los sabios en sus libros y en sus escritos innúmeros, por las reiteradas recomendaciones de la Reina de los cielos en sus múltiples apariciones, y, en fin, por las exaltaciones elogiosas y el tesoro de indulgencias con que la enaltecieron y enriquecieron los Soberanos Pontífices, muy bien se podría afirmar que, después del Santo Sacrificio de la Misa y los Santos Sacramentos, tal vez no hay en la Iglesia de Dios práctica alguna piadosa que pueda parangonarse con la oración del Santísimo Rosario.

Mas, dejando para otros escritores estas consideraciones, habremos de limitarnos, para asunto de estas líneas, al tema que se nos ha señalado: «El Rosario de María y los Romanos Pontífices».

* * *

¿Qué han dicho y qué han hecho los Pontífices de Roma, relativo a la práctica piadosa de la oración del Rosario?

Los Soberanos Pontífices, como Vicarios de Jesucristo en la tierra y Jefes Supremos de la Iglesia universal, son maestros infalibles de la verdad revelada, guardianes vigilantes de la fe y guías del pueblo cristiano en todo lo concerniente al provecho de las almas, al bien de la sociedad y a las prácticas piadosas que atañen directamente a las necesidades del mundo y a los destinos del hombre.

Pues bien; cerca de *trescientas* Bulas han publicado los Soberanos Pontífices, ensalzando, recomendando y enriqueciendo la devoción mariana instituida en la Iglesia, a inspiración de la Santísima Virgen, por el insigne español Santo Domingo de Guzmán. Sólo el gran Papa León XIII, de inmortal y santa recordación, dirigió a la Cristiandad *quince* extraordinarias Encíclicas, exponiendo con claridades divinas los frutos de bendición, de paz, de salvación y de vida que encuentran en el Rosario, no solamente los individuos particulares, sino también las familias, los pueblos, los estados, las naciones y todos los organismos de la gran familia humana.

No es en verdad tarea fácil recoger el sublime contenido de tantos documentos pontificios. Por lo cual, ante la imposibilidad manifiesta de encerrar en los ajustados límites de un artículo la más abreviada síntesis de toda esa magnitud de sapientísimas Letras emanadas de la Santa Sede, desde el Papa Urbano IV, contemporáneo de Domingo de Guzmán, hasta el actual Sumo Pontífice Pío XII, que tan acertadamente rige los destinos de la Iglesia, habremos de concretarnos a transcribir algo, nada más que algo de lo que entendamos apropiado a nuestros tiempos actuales.

Lo que han dicho del Rosario los Pontífices

Tomaremos al azar solamente algunos textos de las Bulas pontificias; porque transcribirlos todos sería tarea interminable.

Urbano IV: «Por el santo Rosario vienen al pueblo cristiano bienes sin cuento».

Sixto IV: «Es la oración del Rosario medio eficaz para honrar a Dios, ensalzar a la Virgen, y para ahuyentar los grandes males del mundo».

Alejandro VI: «Por los méritos de la Virgen María y mediante la oración del Rosario fué el mundo preservado de la ruina».

León X: «El Rosario ha sido instituido por divina inspiración contra herejes y heresiarcas».

Clemente VII: «Cuán fructuosa sea para la religión cristiana la plegaria del Rosario y cuántos bienes de ella hayan provenido y provienen a las almas, se ve claro por el fervor de sus devotos, a los cuales Dios y la Virgen Santísima se dignan enriquecer con abundancia de gracias y asistir con muchas prodigiosas maravillas».

Julio III: «El Rosario de María es la joya de la Iglesia romana».

San Pío V: «En aquellos tiempos de persecución contra la Iglesia Católica en Francia y en Italia, el Bienaventurado Domingo de Guzmán instituyó una manera de orar muy sencilla y muy piadosa, llamada el Rosario de María, y los fieles, inflamados con su rezo y enardecidos con la meditación de sus misterios, empezaron a transformarse repentinamente en otros, se disiparon las tinieblas del error, brilló la luz de la fe y se sanearon las costumbres. Por eso Nos, al ver ahora a la Iglesia, que se nos ha encomendado, tan duramente afligida con herejías, con guerras y costumbres pervertidas, volvemos, con lágrimas en los ojos, nuestras miradas al cielo, de donde procede todo amparo y todo auxilio, y exhortamos a los cristianos que hagan ellos también lo que hicieron aquellos cristianos del siglo XIII».

Gregorio XIII: «El Rosario ha sido instituido por Domingo de Guzmán para aplacar la ira de Dios e implorar la intercesión de su Santísima Madre».

Sixto V: «Sabemos de cuánto provecho haya sido el Santísimo Rosario, y cuántos dones divinos recibe por él continuamente el mundo».

Pío IX: «A la manera que Santo Domingo se sirvió del Rosario de María, como de una espada, para destruir la nefanda herejía albigense, así hoy día los fieles, con el rezo cotidiano del Rosario, fácilmente lograrán destruir los monstruosos errores, las horrendas impiedades y los corruptores vicios que por todas partes se levantan subversores del orden en los Estados y asoladores del mundo».

Sobre todos estos divinos oráculos, salidos del Vaticano como ecos amonestadores de la voz de Dios que habla a los pueblos y a los siglos, se levanta el gran León XII, llamado antonomásicamente «El Papa del Rosario», y con acentos sublimes, trasunto de los clamores aquellos con que los grandes Profetas despertaban a los pueblos de Israel, dirige a todos los organismos sociales, desde la Cátedra de San Pedro, que es la atalaya del mundo, este grito emocionante, clamando, vueltos sus ojos al cielo: «¡Quiera Dios que se dé al Rosario de María el honor que se le debe y que esta plegaria hermosa, sostén de la fe cristiana y prenda segura de protección divina, se extienda por las ciudades y por las aldeas, por las fábricas y por los talleres, por las casas particulares, tanto de los grandes según el mundo, como de los humildes y pequeños, rezándola todos con devoción fervorosa, a fin de que, mediante su rezo, logren avivarse la fe, enardecerse la caridad, restaurarse la moral, sanearse las costumbres, rectificarse las in-

PLURA UT UNUM

justicias, ahogarse las ambiciones, extinguirse los odios y remediarse los males que aquejan, en estos aciagos tiempos, a todas las sociedades de uno y otro continente!»

Pero cuando parecía que, con las grandes Encíclicas de León XIII, se había agotado cuanto pudiera decirse en elogio de la devoción mariana, todavía vemos a sus augustos sucesores insistir con nuevos y laudatorios encomios sobre la necesidad apremiante de acudir a la oración del Rosario para salvar a la Iglesia de las persecuciones espantosas suscitadas contra ella por los satélites de Luzbel, sin Dios, sin patria, sin justicia, sin amor, sin conciencia, sin honor y sin respeto a la dignidad humana; y también para que, mediante esta divina plegaria, reine nuevamente entre los pueblos la paz traída por Jesucristo a la tierra, porque la paz verdadera es una hija del cielo que huye del fragor de las batallas, y no se aviene al estrépito de ejércitos poderosos, ya que la ira la mata, el odio es veneno para ella, y sólo vive a la sombra de la caridad cristiana con su hermana la justicia. Que la justicia y la paz siempre andan juntas, como dijo el Rey Profeta: «*Justitia et pax osculatæ sunt*»: «Se han dado abrazo la justicia y la paz.»

Así oímos a Pío XI exclamar: «¡Rendiré el mundo a los pies de Jesucristo, cuando tenga un ejército de fervientes devotos del Santísimo Rosario!»; y el actual Sumo Pontífice pronunció esta frase lapidaria: «Es el Rosario de María escuela de santidad y fomento de virtudes.» Pero como las virtudes son flores espirituales que embellecen y dan frescor de vida a las almas, Pío XII ha dicho en otra ocasión: «Las flores del Rosario no se marchitan; su frescura y lozanía se renuevan sin cesar en manos de los devotos de la Inmaculada Virgen; y la diversidad de las edades, de países y de lenguas da a esas vivaces flores espirituales la variedad de sus matices y aromas.»

¿Se pudiera decir algo más soberanamente sublime que lo dicho por los Romanos Pontífices en loor del Santísimo Rosario?

Lo que han hecho los Pontífices en favor del Rosario

Hasta aquí hemos admirado absortos los encomios pontificios a la devoción mariana. Ahora vamos a ver lo que han hecho en su favor los Vicarios de Jesucristo en la tierra. ¿Será esto igualmente extraordinario? Tendremos que ser muy breves, a pesar de que es todo sorprendente. El espacio nos apremia.

¿Quién ignora la batalla victoriosa de Lepanto, que salvó, en el siglo XVI, el occidente europeo?

Aquel glorioso acontecimiento, «el más trascendental y más grande que han visto y verán los siglos», fué un triunfo del Rosario, a pesar de Richelieu, porque allí estaban la Iglesia de Dios y España.

En memoria de este triunfo incomparable en las aguas de Lepanto «contra el impiísimo tirano turco» Selim II, que amenazaba, desde las aguas del Bósforo, «aniquilar el Papado, asolar la cristiandad y apoderarse de Europa», como ahora el sovietismo de Rusia, San Pío V instituyó una Fiesta Religiosa, bajo la advocación de «*Nuestra Señora de las Victorias*», que después el Papa Gregorio XIII tituló «Fiesta del Santísimo Rosario», la cual debía celebrarse, cada año, por todo el pueblo cristiano con grande solemnidad el primer domingo de octubre.

El Pontífice León XIII elevó a mayor categoría litúrgica dicha fiesta, y, después de añadir a la letanía lauretana la invocación: «*Regina Sacratissimi Rosarii*», consagró el mes de octubre a la Virgen del Rosario, disponiendo que en la iglesia principal de cada población se rezase, todos los días de este mes, el santo Rosario con exposición del Santísimo Sacramento, y en las demás iglesias y capillas dedicadas a la Virgen, los días festivos.

También promovió León XIII la construcción de una basilica cerca del Golfo de Lepanto, y levantó otra iglesia, bajo el mismo título, en las inmediaciones del Vaticano.

S. S. Benedicto XV prescribió a los sacerdotes el rezo cotidiano del Rosario.

El actual Sumo Pontífice invierte cantidades fabulosas para la adquisición de Rosarios, que distribuye él mismo a los fieles, singularmente a los nuevos matrimonios que acuden a recibir su bendición pontificia y paternal.

El tesoro de Indulgencias

Para promover entre los fieles la devoción a esta plegaria mariana, todos los Soberanos Pontífices, a partir del siglo XIII, la enriquecieron con indulgencias innumerables. Pero S. S. León XIII, llevado de su fe, de su amor y su entusiasmo por la excelsitud insuperable y la innegable eficacia del rezo de esta manera de orar, superó a todos sus augustos predecesores, de tal suerte, que bien pudiera decirse que, abriendo su corazón generoso y paternal, la hizo depositaria del tesoro espiritual de las gracias de la Iglesia.

Omitiendo las incontables indulgencias parciales, ha concedido León XIII, además del Jubileo de la Festividad de Octubre, más de cincuenta indulgencias plenarias que pueden lucrar cada año los fieles que recen esta plegaria divina. Todas estas indulgencias son aplicables a las almas benditas del Purgatorio.

El Pontífice Pío XI, gran devoto del Rosario, como para entrelazar el Sacramento Eucarístico y el Santísimo Rosario, hizo algo sorprendente, que constituye en verdad un Jubileo Perpetuo. Concedió a todos los fieles puedan ganar tantas indulgencias plenarias cuantas partes del Rosario (de cinco decenas) recen ante el Santísimo Sacramento, expuesto públicamente o reservado en el sagrario, aun sin salir del recinto del templo y sin otros requisitos que la confesión y comunión, según las normas prescritas en el canon 931.

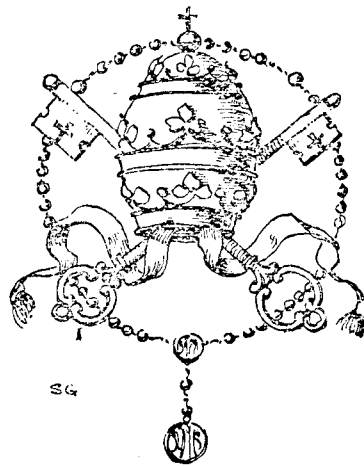
Este conjunto admirable de exhortaciones, de gracias y de encomios pontificios proclaman lo que piensan del Rosario de María los Vicarios de Jesucristo en la tierra. ¿Por qué no habremos de secundarlos? ¿Por qué no habremos de utilizar, para bien de nuestras almas, de la Iglesia, de los hogares cristianos y de todos los organismos de la gran familia humana, ese medio tan sencillo de bienestar y de vida?

El gran Pío IX ha dicho: «El Rosario de María es un compendio sublime del Evangelio.» Pues bien: el Evangelio ha civilizado al mundo, y sólo él ha de salvar a los pueblos.

Barcelona, septiembre de 1950.

Fr. Avelino D. Valdepareas, O. P.

Predicador General



Cuentas de Rosario

1.—El Rosario, con sus quince misterios, no solamente es una síntesis maravillosa de la revelación divina contenida en las páginas del Evangelio, sino también un compendio admirable de Teología especulativa y práctica —mística y moral— puesta al alcance de la piedad popular. Evangelio y Teología en suma y corolario, en fórmulas breves de oración y meditación —único estudio fácil al pueblo—, con escenas gráficas para ilustración de la mente, para moción del espíritu y conmoción del corazón.

2.—“Tres cosas son necesarias —dice el Aquinatese— para la salvación del hombre: la ciencia de lo que debe creer, la ciencia de lo que debe anhelar y querer, y la ciencia de lo que debe esperar.” Esta triple ciencia —ardua y misteriosa— que entraña en su simple complejidad las múltiples relaciones y obligaciones del hombre con Dios, está perfectamente incluida en las tres fases de los misterios del Rosario. ¡Fe, Esperanza y Caridad! Virtudes teologales que son el programa y ejecutoria de toda vida cristiana, sin la cual no hay salvación. Las almas piadosas la aprenden y comprenden sin dificultad, porque saben —y admiten sin discusión— que “el hombre ha sido creado para amar y servir a Dios en esta vida y gozarle en la otra”. Aquel que se salva, sabe. Ello les basta.

3.—Se dirá tal vez que los misterios son comprimidos doctrinales harto difíciles de asimilar. ¿Que el pueblo no alcanza su contenido dogmático? Sea. Tampoco comprende los específicos que el médico le receta para su salud y robustez. Pero tiene fe en su terapéutica y no inquiera más. Los misterios del Rosario son pedazos de vida real y sobrenatural, vividos por nuestro Redentor y por su Madre Santísima, para ejemplo e imitación de toda la humanidad. En ellos ve la razón clara y preclara del gozo con dolor, del mérito con sacrificio, de las rosas de pasión con espinas de expiación, de los horizontes sombríos de la tierra tras los cuales se vislumbran las gloriosas perspectivas de la eternidad. El devoto del Rosario vive en perpetuo optimismo porque sabe bien de dónde viene y a dónde va.

4.—La devoción del Rosario no muere ni se marchita en los labios y el corazón del pueblo —a pesar del cansancio de los siglos y la veleidad de los gustos— porque lleva y contiene en su místico ser algo y mucho de la verdad y virtud del Evangelio, que le da una perenne y fecunda actualidad bendecida por el cielo con favores de prodigio y maravilla. Siete siglos ha que viene floreciendo al sol y serena de todos los climas y ambientes; y todavía engalana y perfuma —lleno de gracia y lozanía— los templos y hogares de la Cristiandad. Diríase que se remoja con esa juventud inmarcesible que es privativa de las obras de Dios.

5.—Más de treinta Papas han recomendado el Rosario oportuna e importunamente, enriqueciéndolo con

las indulgencias más singulares, exaltándolo en sus Encíclicas con los mayores elogios, ofreciéndolo al mundo entero como un medio y remedio de salud pública y mejoramiento universal. Pero, su mayor propagandista ha sido la propia Virgen Santísima que, desde Prullá a Fátima —en todas las graves crisis morales y materiales de la historia—, lo ha presentado a sus hijos los hombres, con apremiante y suplicante solicitud de Madre, como única esperanza de vida y salvación.

6.—La ascética del Evangelio es francamente sencilla, y altamente acomodada a toda edad y condición: “Oración y Penitencia”. El Santo Rosario —rosa de piedad cristiana nacida entre espinas de heréticas paganas— fué en las manos y en los labios de Santo Domingo un llamamiento soberano a la penitencia y la oración. Lo fué para aquel siglo en quiebra y derrota de su fe y moralidad; y lo sigue siendo para el mundo de hoy. En Lourdes y Fátima —últimas cátedras de pública y solemne proclamación del Rosario— la Virgen ha insistido sobre la necesidad urgente de desagrar a Dios con los méritos de la oración y penitencia. Y, como si las muchedumbres de hoy —al igual que aquellas que se acercaban al Precursor de Cristo— le preguntaran en su inquietud y temor: “¿Qué penitencia hemos de hacer?”, la Virgen, en Fátima, nos ha precisado: “La mejor penitencia, que cada uno cumpla con su deber.” ¿Y qué deber de estado no halla su aleccionamiento propio y apropiado en los misterios del Rosario?...

7.—Las tres edades del vivir —infancia, mocedad y ancianidad—, así como también las tres etapas del camino de la perfección —purgativa, unitiva y contemplativa—, hallan en los misterios del Rosario el simbolismo y la adaptación más completa y realista. ¡Cómo instruyen al alma en el arte penitencial y redentor de recuperar la inocencia perdida, de santificar la pena y el afán de cada día, de tener puesta la resignación del corazón en el querer de Dios!... La infancia es gozo de vivir, la mocedad es dolor de trabajar, la ancianidad es gloria de merecer. Entre el paréntesis de la aurora y el ocaso de la vida está “el día del hombre”, la jornada evangélica, que —cumplida con fidelidad de perfecta servidumbre— hace al hombre acreedor a la entrada triunfal en el Gozo del Señor. ¡Gozo mayúsculo, de cielo y eternidad! Por serlo —comenta Santo Tomás— no nos cabe en el corazón y por eso Dios nos invita a entrar en él. El Rosario le garantiza y asegura, así en la tierra como en el cielo.

8.—No se diga que el Rosario es una devoción rutinaria y aburridora. El aburrimiento y fastidio son los vacíos que dejan en el alma el cansancio del amor y la ausencia del fervor. Las mejores cualidades de la persona humana deben intervenir —necesariamente— en la práctica completa del Rosario, dándole valor de

PLURA UT UNUM

verdadero culto religioso. Todo se ejercita en su liturgia piadosa. La inteligencia, meditando; el corazón, sintiendo; la voluntad, amando; los labios, recitando las oraciones; las manos, pasando las cuentas; los ojos, contemplando alguna imagen devota; los oídos, atendiendo al rezo de los demás. ¡Cuerpo y alma, prostrados en humilde adoración! ¿Cómo no ha de resultar a veces monótono y enojoso, si por incuria —y con injuria— se le convierte en cromo y caricatura de lo que es y debe ser? Las precipitaciones arbitrarias, las posturas incorrectas, las distracciones voluntarias, etc., unidas a la desgana y el mal humor, ¡insufrible!... En cambio, ¿qué cosa más bellamente humana y divina que el Rosario en familia, rezado a coros, con unción y devoción, en un remanso de paz y recogimiento, coronando los trabajos de la jornada con esa urdimbre de oraciones y corazones pidiendo la bendición y protección de Dios y de la Virgen sobre el hogar?...

9.—Alguien ha dicho que el mundo moderno —tan frívolo y banal en sus apreciaciones y preocupaciones— jamás comprenderá lo mucho que, en orden a la civilización y progreso, debe a las almas de oración. ¡Ni lo sospecha siquiera! Porque, la civilización

—como escribe Eça de Queiroz— “no consiste en tener una máquina para todo y un millón para cada cosa. La civilización es un sentimiento, no una construcción”. Sentimiento de verdadera fraternidad humana, de buena convivencia y mutua benevolencia, de honradez pública y dignidad personal. Y en esa noble categoría de sentimientos abunda más que nadie el alma de oración. El Rosario Perpetuo está continuamente —noche y día— coronando de oraciones la redondez de la tierra. La embellece con esa perenne primavera de flores de piedad para que parezca y aparezca más grata a los ojos del Señor. Sus Asociaciones —células de espiritualidad, en oración continua— claman al cielo desde todos los ángulos del planeta en que vivimos impetrando la salud y salvación de todo el organismo humano. León XIII les aplica la hermosa frase de San Cipriano: “Tenemos una oración pública y común; y cuando oramos, no lo hacemos por nosotros solos, sino por todo el pueblo, pues todo el pueblo está presente en uno solo de nosotros.” El auténtico devoto del Rosario se siente solidario con todos los males y necesidades de la época y se los presenta a Dios en su oración, rogándole como aquellos menesterosos del Evangelio: ¡Señor, si Tú quieres, puedes!

Frahm, O. P.

La Santa Misa y el Rosario

«Mandamos a los deseosos de participar en el sagrado certamen —cruzados por la reconciliación con Cristo del Género humano— que semanalmente participen una vez en el sacrificio de la Santa Misa comulgando con anhelos reparadores y que reciten a diario el santo Rosario de María, procurando que en la recitación de la plegaria mariana, participen todos los miembros de la familia, reunida, bajo la mirada amorosa de María». *Pío XII.*

«Unidos todos en Cristo, sarmientos de vid universal, miembros del mismo Cuerpo Místico, sea Cristo la cabeza a quien pertenece el imperio del universo, y que todas las cosas quiere concederlas, para nuestro regalo, por la mediadora universal de las gracias María. Al Corazón pues de Jesús, por María y a María por el Rosario, misa de la tarde y sacrificio de los fieles, en alabanza de Dios y Padre de toda criatura.

«Cuantas veces inmolareis mi cuerpo y mi sangre, hacedlo en mi nombre. Por tanto Señor, nosotros tus siervos, y con nosotros tu pueblo santo, de entre todos los dones ofrecemos a tu excelsa majestad, en memoria de la vida y pasión de tu Hijo, nuestro Señor, y de su resurrección y ascensión a los cielos, esta Hostia pura, Hostia Santa, Hostia inmaculada, pan sagrado de vida eterna y cáliz de salud perpetua, y te pedimos por los méritos de tu Unigénito, que adquirió durante su vida, muerte y resurrección, el premio de la vida eterna, y nos concedas además a cuantos meditamos estos misterios en el Sacratísimo Rosario de la Bienaventurada Virgen María, que imitemos los ejemplos que contienen para que obtengamos la recompensa que prometen.

De las emisiones del «Apostolado Radiofónico del Rosario». P. P. Dominicos de Barcelona.

Actualidad del Santísimo Rosario

Lo sobrenatural, además de causar un efecto inmediato admirable u oculto, él mismo significa con su misma eficiencia lo que la voluntad divina intenta. Así cuando Santo Domingo, su fundador, alcanza con el Rosario el triunfo de Muret, o las cofradías romanas con sus procesiones, que recitan el salterio mariano, logran el quebranto prodigioso del turco en las aguas de Lepanto, estos hechos latamente sobrenaturales son signos eficaces del poder grande que tiene el Rosario, conferido por María con el beneplácito de Dios.

Sentada, pues, esta doctrina, fácil es demostrar la actualidad de la devoción avemariana. No han faltado en su historia señales milagrosas. El 11 de febrero de 1854 aparece la Reina del cielo a Bernardita Soubirous en la Gruta de Lourdes y el 13 de mayo de 1917 a tres pastorcitos de Fátima. Con estas apariciones ocurridas ayer o en nuestro tiempo quiere manifestar la celestial Señora la actualidad perenne de su oración juntamente con otros fines más principales sin duda, pero que a nosotros no interesa resaltar. El Rosario, pues, goza de perennidad significada en los signos maravillosos obrados en nuestros días que vamos a ver en su íntima constitución, si es que de algún modo es una de sus muchas propiedades.

La esencia del Santísimo Rosario queda acabada si al rezo de la oración dominical y a la salutación angélica añadimos la meditación de los Misterios de nuestra Redención. Ni oración vocal sin la mental ni la mental sin la vocal constituyen esta genial devoción inventada, no sin inspiración mariana, por el gran santo español. Ahora bien, fijándonos en lo que diríamos cuerpo del Rosario, las oraciones, sorprendemos una actualidad viviente que no envejece ya no sólo porque las dos grandes oraciones están compuestas para la petición de la Iglesia que permanecerá hasta el fin de los siglos y, en consecuencia, disfrutan de lozana juventud, sino por el espíritu que las anima dictadas por el amor: el amor de Cristo a su Cuerpo Místico puso en sus divinos labios el Padrenuestro, y el amor de la Trinidad a María fué flor del Avemaría en las palabras del Ángel. Por eso viene de molde aquel pensamiento único del P. Lacordaire: "El amor sólo tiene una palabra que por más que la oiga no se cansa de repetir." El Amor eterno tiene una palabra que la cruza eternamente con el Amante, el Verbo; el

amor humano dice una frase de su misma consistencia y el amor sobrenatural tiene una sola oración para el más amoroso de los Padres y otra única para la Madre más dulce y la más bella de las criaturas. Por eso el Padrenuestro y el Avemaría son palabras perennes de amor repetidas sin cansación por las generaciones que nos precedieron y las que nos seguirán.

Si el Rosario goza perennidad por sus oraciones, también la ostenta por lo que es como su alma, los Misterios. Conocemos qué se entienden por Redención consumada y Redención aplicada. La primera es sencillamente lo que pudiéramos llamar la Redención histórica, sufrida por Cristo en los primeros años de su Era. La segunda es la aplicación de la primera a nosotros. Recibimos la Redención por los medios que el Señor nos dió para comunicarla como son los Sacramentos, que la obran en nosotros nada menos que con una causalidad física. Pero aunque no con esa gran eficiencia las oraciones nos aplican la Redención del Señor lo que dicen los términos "ex opere operato", según nuestra disposición ampliamente hablando. Por lo tanto el Santísimo Rosario goza de actualidad como los mismos Sacramentos por ser medio moral de aplicación de la Redención. Porque cuando vamos repasando los Misterios, su mismo recuerdo vivo, interpelan a la Trinidad Beatísima por divinizarnos, por efectuar en nosotros la eficacia que les dió Cristo, y Dios lo concede según individual esfuerzo.

Si el Santísimo Rosario en cuanto a sus constitutivos tiene la propiedad de ser siempre actual también la tiene en sí mismo considerado. Se ha dicho con gran acierto que el Rosario es el testamento de María como la Eucaristía es el testamento de Jesús. Así es. Pero el testamento es fruto principalmente del amor, pues se hace en favor de persona querida y es como voluntad perpetua que se tiene al amado. Pues bien, el Rosario, testamento de María, tiene en sí, por consiguiente, la perpetuidad del amor y es esencia legítimamente constituida por el amor que ha inspirado sus oraciones y sus Misterios y así es por todos conceptos perennemente actual.

Que el testamento de María, hecho a favor de la Iglesia y promulgado por Santo Domingo, sea para nosotros actual recuerdo de su amor y sus palabras sean la fórmula viviente del amor perenne que tenemos a esta divina Señora.

Fr. M. García Miralles, O. P.
Lector en Sagrada Teología

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

El Rosario, oración de Cruzada, por F. C. (pág. 438) ♦ **Perfil histórico del Rosario**, por Fr. Antonio Huguet, O. P. (págs. 434 y 435) ♦ **El Rosario y los Santos**, por Fr. Vicente Forcada Comins, O. P. (págs. 436 a 438) ♦ **El Rosario y los Papas**, por Fr. Avelino D. Valdeparés, O. P. (págs. 439 y 440) ♦ **Cuentas de Rosario**, por Frahm, O. P. (págs. 441 y 442) ♦ **Actualidad del Santísimo Rosario**, por Fr. M. García Miralles, O. P. (pág. 443) ♦ **La hora de la Virgen**, + Vicente Obispo de Solsona (págs. 444 a 446) ♦ **San Juan de la Cruz contempla tres misterios gozosos del Santísimo Rosario**, (pág. 447) ♦ **Retablo Aragonés del Rosario**, por Fr. Vicente Montserrat, O. P. (págs. 448 y 449) ♦ **«La Mare de Déu de Pedras»**, por Fr. José M.ª Coll, O. P. (págs. 449 y 450) ♦ **La Cruzada de Occidente**, por C. (págs. 451 a 453) ♦ **Lo que se hará**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 454 y 455) ♦ **EL Año Santo y las Misiones**, (pág. 456).

PROHIBIDA LA REPRODUCCION de grabados originales de CRISTIANDAD sin indicar su procedencia.

LA HORA DE LA VIRGEN

La Virgen Peregrina en la Diócesis de Solsona

I

CRISTIANDAD se honra con la publicación de una serie de artículos en que su ilustre autor ofrece a nuestros lectores sus impresiones sobre el movimiento sobrenatural que despierta el paso de la Virgen Peregrina.



NOS invitan para que exhumemos algunos recuerdos de la magna peregrinación de la Virgen de Fátima por nuestra Diócesis de Solsona. Dicen que encajaría magníficamente esta descripción en el ambiente del «AÑO SANTO», ya que la consigna dada por el Romano Pontífice, y recogida amorosamente por el APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, entronca directamente con el Mensaje de Fátima; mensaje que, repetido constantemente durante un año por todas nuestras parroquias, ha conseguido frutos maravillosos y sublimes y nos ha hecho vivir en un ambiente sobrenatural de «oración y penitencia».

Nos aseguran algunos que han sido testigos de determinadas escenas, que podríamos hacer un gran bien recogiendo los detalles más interesantes, porque los hechos que tuvieron lugar entre nosotros durante la peregrinación y los frutos palpables de renovación espiritual que se recogieron en todas partes podrían servir de ejemplo y de estímulo para muchos.

Y aunque violentándonos, hemos accedido a dicha invitación. Ni nos sobra tiempo para estos solaces —solaces, y muy íntimo, para nosotros recordar las gracias y las bendiciones que la Santísima Virgen ha derramado profusamente a su paso por nuestros pueblos— ni querríamos que nuestra peregrinación perdiese aquel carácter íntimo y recoleto, más bien podríamos decir hogareño, que le fué propio, ya que apenas si trascendió los límites diocesanos hasta última hora, cuando aquel río de entusiasmo que corría majestuoso por los caminos de nuestro llano y de nuestras montañas se trocó en mar impetuoso, con motivo, principalmente, de la magna concentración diocesana.

Pero comprendemos que no tenemos derecho a callar cuando nuestras palabras pueden ser un homenaje a la Señora y una manifestación, aunque exigua, de nuestra gratitud por las delicadezas que nos ha concedido el Corazón de la Madre. No tenemos derecho a callar si nuestras palabras pueden abrir horizontes de luz ante los ojos de nuestros hermanos y pueden ser acicate que espolee los entusiasmos y los fervores de los cristianos. Y por eso accedemos a la invitación que se nos hace y nos prestamos a colaborar en esta campaña hermosa de CRISTIANDAD, altavoz magnífico de la consigna que el Apostolado de la Oración ha dado en este Año Santo.

«En el nombre del Señor y para honor de Santa María» emprendimos aquella peregrinación. Este fué nuestro lema al anunciarla y ésta fué nuestra consigna al llevarla a cabo hasta su final apoteósico. Este queremos que sea el lema y el móvil de estos artículos que, sin afán exhibicionista y con el único deseo de contribuir a esta campaña de «oración y penitencia», escribimos para honor de la Santísima Virgen y para mayor gloria de Dios.

* * *

No pretendemos hacer literatura. Queremos escribir historia y de primera mano. No vamos a recurrir, ordina-

riamente, a testimonios ajenos, aunque sean dignos de todo crédito. Vamos a narrar, sencillamente, lo que tuvimos la dicha de ver y de contemplar, ya que por haber acompañado a la Santísima Virgen en todas las etapas de su peregrinación somos testigo presencial de todos los hechos que narraremos.

Procuraremos prescindir del afecto y del cariño, que nos podrían cegar, al contrastar el entusiasmo de nuestros hijos y al pretender describir las escenas llenas de emoción y colorido que tuvieron lugar en nuestro hogar diocesano, pues por ser cosas propias, de familia, podrían deslumbrarnos. Y aun procuraremos prescindir de la emoción que nos embargaba durante aquellos días y que volcábamos en las cuartillas que escribíamos entonces —sobre la marcha— para nuestro Boletín Oficial Diocesano.

Podríamos decir, con el debido respeto, al empezar estos artículos, lo que escribía San Juan al terminar su Evangelio: «El que lo vió, da testimonio y sabemos que su testimonio es verdadero.»

Hemos entrado con la Imagen de la Virgen en todas las Parroquias. Hemos permanecido en ellas todo el tiempo que ha permanecido la Virgen. Hemos asistido a todos los actos que se han celebrado. Nos pusimos en íntimo contacto con el pueblo durante aquellos días de la peregrinación. Hemos podido captar, por lo tanto, todos los detalles, hemos podido recoger todos los fervores y todos los matices, y hemos podido llorar emocionados, más de una vez, al ser testigos de tantas maravillas sobrenaturales como se han producido constantemente al paso de la Virgen.

Nos hemos procurado, además, estadísticas veraces y completas de las confesiones y comuniones en cada pueblo y de todos los detalles que podrían interesar para calibrar exactamente el fruto sobrenatural de la peregrinación. Hemos utilizado todos los medios para que nuestros datos sean exactos y nuestras descripciones lo más objetivas posibles.

Y queremos hacer resaltar este detalle para dar más valor a las afirmaciones que hagamos en el transcurso de estos artículos y para que se manifieste de una manera más espléndida y maravillosa la misericordia y la delicadeza de la Santísima Virgen para con nuestra Diócesis de Solsona, que nunca podrá agradecer bastante los beneficios inestimables recibidos de manos de la Madre durante los días inolvidables de su peregrinación.

La razón del título

No es nueva esta afirmación en nuestros labios y en nuestros escritos. Hemos repetido en muchas Alocuciones y en algunas Cartas Pastorales que es ésta «LA HORA DE LA VIRGEN». Y hemos querido titular así los artículos que hoy empezamos sobre nuestra peregrinación porque fué entonces, cuando acompañábamos a la Santísima Virgen por los caminos y atajos de nuestra Diócesis, cuando adquiri-



mos el convencimiento pleno de la exactitud de esta afirmación.

Y éste es el primer detalle que quisiéramos hacer resaltar, porque es la primera consecuencia que se desprende de los hechos que hemos de referir y porque puede explicarnos, en gran parte, lo que acaeció en la Diócesis de Solsona y en todas las Diócesis —aun en los mismos terrenos de misiones— por las que ha pasado la Imagen de la Virgen Peregrina.

Porque no tenemos la pretensión de creer que ha sido una cosa única y excepcional el espectáculo que hemos presenciado. Si en nuestra Diócesis ha tenido matices especiales y el fruto conseguido ha sido, quizá, más abundante que en otras partes, ha sido debido a las condiciones especiales de nuestras parroquias y al carácter propio de esta Diócesis, que es, aun en estos tiempos, una Diócesis de excepción en el aspecto religioso.

Pero estamos íntimamente convencidos de que este fenómeno se puede repetir y se repite, sin duda, en sus características esenciales, en todas partes. Estamos convencidos de que lo acaecido en nuestra Diócesis ha sido totalmente obra de la Virgen y que la Santísima Virgen está deseando repetir estas maravillas en todas las latitudes. En todas partes tiene la peregrinación de la Santísima Virgen de Fátima un carácter marcadísimo de «oración y penitencia», y en todas partes se consiguen conversiones sorprendentes y frutos ubérrimos de santificación en las almas.

* * *

Hemos de confesar sinceramente que no éramos partidarios de estas peregrinaciones, que ya se habían efectuado en algunas Diócesis españolas. Habíamos leído con profunda emoción, es verdad, pero con un poco de recelo, las reseñas que se habían publicado, y nos había llamado particularmente la atención lo que se escribió con motivo de la visita de la Virgen de Fátima a la capital de España. Temíamos, sin embargo, que todo se redujese a una de esas fiestas brillantes y externas, a las que tan dados éramos los españoles, y desconfiábamos de que se pudiese conseguir con estas manifestaciones callejeras un mejoramiento de las costumbres y una mayor intensidad de la vida cristiana.

Pero tuvimos ocasión de hablar con un Hermano en el Episcopado, testigo presencial de una de esas visitas, y tan solo cuando él nos aseguró que la visita de la Virgen había obtenido un mayor fruto espiritual y un mayor número de confesiones y comuniones que la Misión mejor organizada, es cuando nos decidimos a planear nuestra peregrinación diocesana.

Y desde el primer momento en que llegó la Imagen de la Santísima Virgen a los límites de nuestra Diócesis, nos dimos cuenta de la exactitud de esa afirmación y nos convencimos de que ello era obra de Dios. Desde el primer momento adquirimos el convencimiento de que, efectivamente, era ésta la hora de la Virgen.

Apenas si habíamos hecho propaganda de nuestra peregrinación. Una Alocución Pastoral que se leyó en todas las iglesias y unas normas concretas dirigidas a los Párrocos para que la peregrinación tuviese su verdadero carácter, austero y penitencial, fué toda la preparación de la misma.

Es verdad que desde el primer momento prometimos acompañar personalmente a la Imagen de la Virgen en todo su recorrido, y teníamos la seguridad de que nuestra presencia podría ser un aliciente poderoso para los sacerdotes y para los fieles.

Pero la inmensa mayoría de los sacerdotes eran pesimistas con respecto al éxito y al fruto de nuestra peregrinación. Apenas si se atrevían a hacer propaganda de la

misma, porque consideraban imposible conseguir que en días de trabajo abandonasen la mayor parte de sus feligreses sus propios quehaceres para recibir y obsequiar a la Virgen.

El día de la entrada de la Virgen en la Diócesis estuvo, además, lloviendo toda la mañana en la zona por donde debía llegar. Todo hacía presumir que el acto inicial resultaría pobre y descolorido, y podía parecer aquello un mal augurio para el desarrollo de la peregrinación.

Sin embargo, contra todos los cálculos de la previsión humana, la entrada de la Santísima Virgen en los límites de la Diócesis fué realmente apoteósica. Fué éste, sin duda, uno de los actos más emocionantes de la peregrinación por lo inesperado y por lo espontáneo.

En un pueblo de unos 400 habitantes escasos —Sidamunt— se habían congregado miles de personas de todos los ámbitos de la Diócesis. La población aparecía engalanada y magníficamente adornada. Al bajar del coche con la Imagen de la Santísima Virgen en brazos, el entusiasmo de la multitud fué indescriptible. La gente se apretujaba a nuestro alrededor para ver y besar a la Virgen. Los padres levantaban en alto a sus hijos para acercarlos a la Sagrada Imagen. La gente gritaba y aplaudía entusiasmada. Las lágrimas asomaban a todos los ojos; también a los ojos de los hombres. Tuvo que pasar más de media hora para que se pudiese organizar la manifestación que había de acompañar a la Virgen hasta el templo parroquial.

Todos los asistentes estaban íntimamente emocionados y no sabían explicarse lo que les había pasado, como afirmaban después. Desde el primer momento, la Santísima Virgen había ganado todos los corazones. Y aquella apoteosis inicial se repetiría después todos los días al entrar la Sagrada Imagen en las distintas Parroquias.

Desde el primer día tuvo también la peregrinación un carácter marcadamente penitencial, sin que nadie lo previese. Un grupo de jóvenes de Sidamunt nos pidió la gracia de hacer vela durante toda la noche a la Santísima Virgen. Y sin ninguna propaganda ni preparación previa, todos los hombres y jóvenes de la parroquia se prestaron a hacer guardia de honor ante la Virgen, turnándose grupos numerosos cada dos horas y rezando continuamente el Santo Rosario. Y esta iniciativa de los jóvenes de Sidamunt fué aceptada después en todas partes y en todas las Parroquias se hizo guardia de honor durante toda la noche ante la Imagen de la Virgen.

No cabe duda que se trataba de una cosa de Dios. Es la HORA DE LA VIRGEN. Dios Nuestro Señor quiere valerse también ahora de su Madre para salvar al mundo. Y la Santísima Virgen va recorriendo los pueblos para atraer y ganar el corazón de todos sus hijos y ofrecerles la salvación.

Y aun nos atreveríamos a decir más: es la HORA DE LA VIRGEN DE FÁTIMA. Por algo quiso la providencia de Dios que se apareciese su Madre en Fátima, dando a los hombres aquel Mensaje de oración y de penitencia, y por algo ha querido que la imagen de Fátima se convierta en una Imagen peregrina que va repitiendo su Mensaje a todos los hombres. El resultado de estas peregrinaciones nos indica con bastante elocuencia que aquí está el dedo de Dios.

Es la hora de la Virgen, que es decir la hora de la misericordia de Dios. Porque así como Jesucristo vino al mundo por medio de María para salvar a la humanidad prevaricadora, así Dios Nuestro Señor se vale del mismo medio, de su Madre, para ofrecer a los hombres su misericordia y su perdón.

Dios quiera que sepamos aprovecharnos de esta hora providencial. Tan sólo por medio de María nos puede venir la paz. Y tan sólo por medio de María recibirá la salvación este mundo que perece.

† VICENTE, Obispo de Solsona

SAN JUAN DE LA CRUZ

CONTEMPLA TRES MISTERIOS GOZOSOS DEL SANTISIMO ROSARIO

I MISTERIO

LA ANUNCIACIÓN

Entonces llamó a un arcángel,
que San Gabriel se decía,
y enviólo a una doncella
que se llamaba María,

de cuyo consentimiento
el misterio se hacía;
en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía.

Y aunque tres hacen la obra,
en el uno se hacía;

y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María.

Y el que tiene sólo Padre,
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía;

que de las entrañas de ella
él su carne recibía:
por lo cual Hijo de Dios
y del hombre se decía.

III MISTERIO

DEL NACIMIENTO

Ya que era llegado el tiempo
en que de nacer había,
así como desposado
de su tálamo salía,

abrazado con su esposa,
que en sus brazos la traía,
al cual la agraciada Madre
en un pesebre ponía,

entre unos animales
que a la sazón allí había:
los hombres decían cantares,
los ángeles melodía,

festejando el desposorio
que entre tales dos había;
pero Dios en el pesebre
allí lloraba y gemía,

que eran joyas que la esposa
al desposorio traía;
y la madre estaba en pasmo
de que tal trueque veía.

El llanto del hombre en Dios,
y en el hombre la alegría,
lo cual del uno y del otro
tan ajeno ser solía.

IV MISTERIO

LA PRESENTACIÓN

En aquestos y otros ruegos
gran tiempo pasado había;
pero en los postreros años
el fervor mucho crecía.

Cuando el viejo Simeón
en deseo se encendía,
rogando a Dios que quisiese
dejalle ver este día.

Y así, el Espíritu Santo
al buen viejo respondía,
que le daba su palabra
que la muerte no vería

hasta que la vida viese,
que de arriba descendía,
y que él en sus mismas manos
al mismo Dios tomaría,

y le tendría en sus brazos,
y consigo abrazaría.

Nuestra Señora del Rosario de Fátima y la Consagración del Mundo a los Sagrados Corazones de Jesús y María

Oh Reina del Santísimo Rosario, auxilio de los cristianos, refugio del linaje humano, vencedora de todas las batallas de Dios!

«A Tí, a tu Corazón Inmaculado, en esta hora trágica de la historia humana, nos confiamos y nos consagramos, en unión no sólo de la Santa Iglesia, Cuerpo Místico de tu Jesús, que sufre y se desangra en tantas partes, atribulada de tantas maneras, sino también de todo el mundo.

* * *

¡Así como el Corazón de tu Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano, con el fin de que, depositando en El toda su confianza, fuese para ellos señal y prenda de victoria y salvación; así igualmente nos consagramos perpetuamente a Tí, a tu Corazón Inmaculado ¡oh Madre nuestra, Reina del Mundo!

Del acta de Consagración del Mundo al Inmaculado Corazón de María, leído por primera vez por el Papa Pío XII en octubre de 1942.

Retablo Aragonés del Rosario

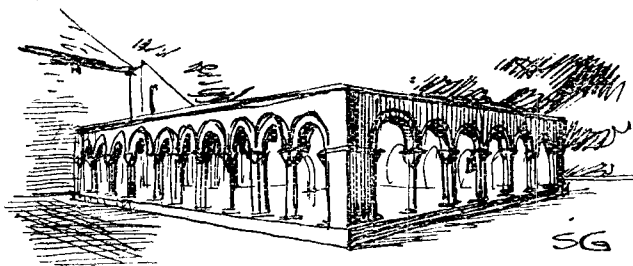
A la consideración de la vida de Jesús y de María en los principales misterios del Rosario nos invitan valiosísimos retablos aragoneses de primitivos, algunos de ellos desaparecidos o destruidos en la pasada revolución marxista.

Punto y aparte merecen los tallados en alabastro y en gótico florido por Forment, Gaspar, Gil Morlanes y otros. Pero un retablo completo del Rosario de mayores dimensiones y de mérito superior a las mejores tablas y los calados alabastrinos es el retablo vivo del Rosario General que todos los años dedica Zaragoza a la Virgen del Pilar con motivo de su fiesta, es aquella manifestación religiosa representativa de los misterios y salterio mariano en faroles policromados y artísticos pasos, capitaneada por la imagen de Santo Domingo de Guzmán, que como fundador y abanderado del Rosario sale a la calle como para expresar que esta devoción no se contenta con la intimidad del hogar y las espaciosas naves del templo. También los pueblos y las naciones tienen que rezar a su modo su Rosario.

Conozco, v. g., otro retablo aragonés del Rosario, y en él quiero fijar mi atención, pero resulta difícil poderlo enmarcar en estas pocas líneas, quizá para una pintura mural de grandes dimensiones fuera más acertado.



Aragón es un inmenso retablo rosariano completo. Las blancas montañas del Pirineo aragonés semejan montañas de nacimiento, las corralizas de color de la tierra, los corderos blancos pasciendo en el valle de Ordesa; pueblecillos con sus camparios románicos; gentes sencillas, austeras, tradicionales, pegadas a su fuego prendido de los anchos pliegues de los rozagantes vestidos de las ansotanas... Sus lagos azules como los ojos de la dulce Nazarena, tranquilos como las manos de azucena que se cruzan sobre el pecho de la Madre de Dios al escuchar el mensaje de la Anunciación... Nacimiento de la monarquía aragonesa en la gloriosa cueva de San Juan de la Peña, nacimiento amenazado de muerte desde el primer instante, como el Rey del mundo en la cueva de Belén.



Son los misterios blancos o de gozo del Santo Rosario. Los misterios de sangre o de dolor aparecen en el retablo aragonés orlados por las palmas de los innumerables mártires zaragozanos cortadas en la ribera del Ebro por la espada de la persecución casi al terminar los misterios blancos del nacimiento del Cristianismo.

El diácono aragonés San Lorenzo trae a su patria el cáliz conmemorativo de la Pasión de Cristo; el cáliz de ágata amoratada como el cuerpo flagelado del Redentor. Es para preguntar a sus paisanos como el Señor a los hijos del Zebedeo, si están dispuestos a beber el Cáliz que ha bebido el Maestro.



Aragón ha contestado que sí con la vehemencia del hijo del Trueno, porque es hijo del Moncayo... Los misterios de sangre los escribe Prudencio con versos de hierro y los judíos con los clavos que crucificaron, como a Jesús, a Santo Domingo de Val, y los herejes con la espada que ensangrentó el sobrepelliz canonical de San Pedro Arbués. Misterios de dolor que llenan muchos folios del martirologio aragonés todavía sin terminar, y que todavía nos cuentan, retorcidos de espanto, los olivos de ese Getsemaní del Bajo Aragón que viera agonizar a un centenar de ministros de Jesucristo sacrificados por los marxistas.



Misterios de dolor en las calles de amargura de Belchite, que lo fueron todas en los días épicos para llevarlo al Calvario... En una pared de la iglesia aun puede leerse el testamento escrito a lápiz por uno de sus defensores: "Aquí muere un navarro por Dios y por España". Firmado: Agustín Arigita.

Carne de Aragón mordida de metralla como las torres de Belchite, Huesca y Teruel; batalla del Ebro, lagar ibérico donde vertieron su sangre los mejores racimos de la juventud de España.

El Cáliz de la Pasión traído por San Lorenzo a su Patria es el trofeo de los campeones de la fe en Cristo, cuyas hazañas en los circos españoles no desmerecen de las del Coliseo romano. Es el emblema simbólico de los misterios dolorosos de Aragón y de España.



Los misterios de gloria hay que meditarlos en Calanda. En el milagro obrado por la Virgen del Pilar en favor de Miguel Pellicer, cuya pierna le fué cortada y enterrada en Zaragoza y la misma le fué restituida en Calanda por ministerio de sus ángeles. Es un milagro que confirma el dogma de la resurrección de la carne.

Misterios de gloria en la carne de Cristo glorificada en las especies incorruptas de las Sagradas Formas de los Corporales de Daroca. Cota de malla teñida de sangre de aquel capitán invisible que ganó la difícil batalla a los moros en Luchente.

Aragón es un retablo completo y maravilloso del Rosario y es que el Rosario es el Evangelio abreviado, y en esta tierra aragonesa sembró la mejor semilla evangélica el Apóstol Santiago. Siembra bendecida y cuidada por la presencia física de la Virgen del Pilar en su visita a Zaragoza.

Es constante tradición que Santo Domingo de Guzmán, fundador del Rosario, estuvo de paso en Zaragoza encomendando a sus hijos el cuidado del Rosal mariano. Este rosal se ha multiplicado en el jardín espiritual de las iglesias aragonesas por el apostolado de los predicadores dominicos y, sobre todo, del Padre Garcés.

El Evangelio, dice San Ignacio Mártir, es la carne de Cristo. El Rosario, que es la sustancia del Evangelio, nutrirá a los pueblos anemiados y enfermos, que mediten sus misterios.

Es lo que ha de hacer Aragón: clavar sus ojos en los retablos rosarianos tan suyos como bellos y monumentales.

Fr. Vicente Montserrat, O. P.
Doctor en Derecho

«LA MARE DE DÉU DE PEDRA»

Así denominaba el pueblo a la veneranda imagen del Rosario, que gozó de gran culto y estimación en Barcelona durante más de tres siglos, primero en la famosa iglesia dominicana de Santa Catalina v. y m.; después de la exclaustración de 1835, pasó dicha imagen a la capilla de Santa Marta, capilla que desapareció al abrir la actual Vía Layetana, y a principios de este siglo volvió nuevamente a la comunidad dominicana cuya iglesia está situada en la calle de Ausias-March.

Al ser devuelta a sus antiguos poseedores, éstos la colocaron sobre un modesto pedestal en la capilla de la Comunión, y unos veinte años más tarde fué realzada en un sencillo pero elegante retablo-dosel en armonía con el estilo de la misma. La Virgen del Rosario de *pedra* era de alabastro y construida en Italia; su estilo, barroco, pero de muy buen gusto; sus líneas suaves y delicadas inspiraban simpatía y devoción. No recordamos exactamente su talla, pero pasaba bastante de un metro. Su brazo derecho extendido mostraba la actitud de entregar el Rosario a Santo Domingo, y en el izquierdo tenía el Niño Jesús, presentando éste el Rosario a Santa Catalina de Sena; estas dos imágenes, de Santo Domingo y Santa Catalina, después de la exclaustración fueron a parar a la parroquia de San Agustín, de esta ciudad, siendo víctimas de la pasada revolución marxista.

Sería a principios del siglo pasado cuando empezó a florecer en torno a nuestra veneranda imagen una leyenda, leyenda que no concuerda con la realidad histórica: principió a decirse, y se ha publicado varias veces con letras de molde, que había sido ofrendada a la comunidad barcelonesa de Santa Catalina por el Papa San Pío V. Sin duda que el gran pontífice dominicano tuvo relación inmediata con los Predicadores de nuestra ciudad, y de ahí empezó a brotar la leyenda, pero lo cierto es que cuando llegó aquí la sagrada efigie hacía ya más de cincuenta años que el insigne Pontífice exaltador del Rosario había fallecido. Preferible es, sin embargo, que hable por mí el autor

de la famosa crónica «Lumen Domus», del antiguo cenobio dominicano, coetáneo de los hechos que estamos narrando. Dicho autor, que en el t. II, fol. 251 da una detallada relación de la venida a esta ciudad de la venerada imagen, tuvo empeño especial de insertar una nota, en papel aparte del texto, que dice así, traducida del catalán, su lengua original, al castellano: «Esta santa imagen de mármol, que encargó en Génova Fr. Ramón Ribes siendo sacristán de la Santa Capilla del Rosario, costó ciento treinta y tres libras, once sueldos y siete dineros, pagados en el acto de entrega en su lugar de origen, pero en esta cantidad iba incluida su colocación en el retablo. Llegó la imagen franca de portes, porque la duquesa de Tureis mandó cargarla en su galera y llevarla a Barcelona. Arribó aquí el 9 de agosto de 1631 y fué colocada en seguida en el lugar donde actualmente está (Capilla del Rosario). El día 12 del mismo mes y año, después de dos días, dirigiéndose dicha galera al puerto de Cartagena, después de pasar Tarragona fué apresada por los moros.» Esta circunstancia quizá contribuyera a crear a la santa imagen una atmósfera de espiritual admiración.

Es posible que la nota antedicha fuera entregada al autor del «Lumen Domus» por Fr. Ramón Ribes, famoso hermano lego de Santa Catalina, que durante muchos años estuvo encargado de la Capilla del Rosario, por cuyo culto trabajó incansablemente; Fr. Ramón, religioso simpático, activo e inteligente, publicó en 1641 el conocido «Manual del Roser», de mucha aceptación, y algunos años antes había publicado un libro sobre Tierra Santa, los dos en lengua catalana. Consta la profesión de Fr. Ramón Ribes en el libro de Profesiones, de Santa Catalina, el 13 de agosto de 1618. Indiscutiblemente que Fr. Ramón fué el encargado de agenciar la famosa imagen para el cenobio de Santa Catalina.

Una prueba de la magnificencia del culto tributado a la Virgen del Rosario en toda ocasión es la nota publicada por el competente canónigo barcelonés doctor Caye-

PLURA UT UNUM

tano Barraquer en su obra «Los Religiosos en Cataluña», tomada, a su vez, del filipense P. Ferrer en su famosa obra manuscrita «Barcelona cautiva», t. IX, que dice así: «Día 5 de octubre de 1813: En la función del Rosario de Santa Catalina, v. y m. (primer domingo de octubre), se ha visto la imagen de la Virgen en su propio y magnífico altar y camarín, desnuda de los vestidos que llevaba y dejada en la forma que la dejó el estatuario que la trabajó en Italia hace más de cien años.» Esta determinación de tan buen gusto fué tomada por el Maestro Fr. Vicente Sopena, que en aquellas críticas circunstancias hacía las veces de Prior del convento.

Bueno será recordar que en dicha renombrada Capilla del Rosario, entre otros objetos de gran valor artístico, había cuatro lienzos de nueve pies de longitud sobre temas rosarianos, obra del gran artista Viladomat, probablemente víctimas de la rapacidad de las tropas napoleónicas.

No quisiera que me quedara en el tintero un dato de verdadero interés acerca del autor de la veneranda imagen: en el breve pedestal de la misma constaba el nombre de Fr. Tomás Orsalino, O. P., posiblemente director del taller de *Madonnas* en alabastro en donde fué labrada nuestra Virgen de piedra. Indudablemente que el nombre de este artista tiene directa relación con los nombres de otros dos artistas contemporáneos: Juan Bautista y Juan Orsalino, padre e hijo, ilustres arquitectos e imagineros que trabajaron en distintos santuarios del norte de Italia.

Tres siglos más tarde, julio de 1936, de la llegada a Barcelona de la famosa imagen del Rosario, ante la cual se habían postrado generaciones de devotos rosarianos, fué víctima del vandalismo rojo marxista: los bárbaros iconoclastas del siglo xx ni respetaron la tradición, esencia de la Patria, ni el arte ni el pudor de ser llamados con el calificativo de que eran merecedores; en su embriaguez de barbarie y destrucción no tuvieron ni siquiera en cuenta la utilidad práctica, aunque inmoral, de la ganancia de muchos miles de pesetas, producto de la venta de objetos artísticos, cosa que seguramente hubieran hecho sus compinches de otros países. También perecieron en el mismo obcecado furor bárbarico una docena, más o menos, de cuadros, de regular tamaño, reliquias del antiguo convento de Santa Catalina, obra de innominados artistas del mismo, no carentes de valor, sobre temas raimundianos, tomistas y dominicanos en general.

Como obra moderna, de principios de este siglo, hay que lamentar la destrucción sádica de un Santo Domingo de tamaño natural, colocado sobre el arco del brocal del pozo del claustro del convento, obra de mucho gusto, de

Agapito Vallmitjana, indudablemente de las últimas que realizó el insigne artista barcelonés, en la que puso gran empeño e ilusión, como él mismo lo manifestó varias veces a algunos religiosos de la comunidad. Pero tanto y más que estas obras de arte, que son pérdidas del acervo de la humanidad, y no las enumero todas, hay que deplorar la profanación y destrucción del cuerpo del Bienaventurado Fr. Pedro Cendra. Hay que reconocer que los iconoclastas del siglo xix (1835) fueron menos bárbaros que los del siglo xx (1936). Al tratar de este Bienaventurado que gozó de culto público desde el siglo xiii, muchos graves autores de siglos pasados, como el historiador Diago y otros, como también el pueblo, le denominan San Pedro Cendra. El epitafio o laude sepulcral que tenía en Santa Catalina decía así, traducido del latín al castellano: «Aquí yace Fr. Pedro Cendra, el cual mientras vivió dió vista a catorce ciegos, oído a cuatro sordos, curó a siete cojos y a quince paralíticos, y a veinte enfermos sin esperanza de vida devolvió la salud.» Fué uno de los grandes predicadores de España en el siglo xiii; no cabiendo los fieles en las iglesias, tenía que predicar con frecuencia en pleno campo. Murió en gran olor de santidad el año 1242.

Otro varón ilustre en virtudes y pureza de vida, y más conocido históricamente que el Bienaventurado Fr. Pedro, el Beato Fr. Jofre de Blanes, hijo de hábito también del convento de Santa Catalina, fué víctima en esta misma revolución de las furias del Averno: sus reliquias, guardadas desde siglos en un artístico cofre, fueron quemadas y aventadas. El Beato Jofre de Blanes, que en su población natal del mismo nombre goza de culto inmemorial, fué el discípulo más ilustre de San Vicente Ferrer; aunque murió joven, antes que su maestro, en 1415, gozaba, al morir, de prestigio y fama universales por su santidad de vida, predicación y milagros.

Como las huestes de Atila, que dejaban por doquier huellas de saqueos y devastaciones, los bárbaros de 1936 dejaron también señales de incendios, robos y mutilaciones; tuvieron el estulto orgullo de ser nihilistas. Y es que no lograron la virtud de los hombres de Atila: la sinceridad; aquéllos eran bárbaros y no lo negaban: Somos, decían, el azote de Dios para los pueblos que han decaído. No tenían la petulancia de una falsa y postiza civilización, y eso no deja de ser un bien. Pero todavía gozaban de otra ventaja los hombres de Atila: no eran apóstatas de ninguna idea religiosa; en cambio, el cristiano, y más la masa, cuando reniega de esta idea no se queda estacionado en el escalón del hombre *natural*: desciende indefectiblemente al nivel del *infrahombre*.

Fr. José M.^a Coll, O. P.

LA EUCARISTIA Y EL ROSARIO

Un jubileo perpetuo

El Pontífice Pío XI, gran devoto del Rosario, como para entrelazar el Sacramento Eucarístico y el Santísimo Rosario, hizo algo sorprendente que constituye en verdad un *Jubileo Perpetuo*. Concedió a todos los fieles que puedan ganar *tantas indulgencias plenarias cuantas partes del Rosario* (de cinco decenas) recen, ante el Santísimo Sacramento, expuesto públicamente o reservado en el Sagrario, aún sin salir del recinto del templo y sin otros requisitos que la confesión y comunión, según las normas prescritas en el canon 931.

Véase pág. 456. en el artículo «El Rosario y los Papas», de Fr. Avelino D. Valdepares O. P.

LA CRUZADA DE OCCIDENTE

«ELLOS»

Leemos en CRISTIANDAD un atinado comentario a un reciente discurso del general De Gaulle. Distamos mucho de sentirnos identificados con este general ni con su política, pero no podemos menos de coincidir con su punto de vista, cuando se refiere a la presencia oculta y actuante de fuerzas misteriosas en el movimiento sincronizado de disgregación de los pueblos cristianos.

La onda del mal es, desde luego, una onda dirigida. No es ya cuestión de intuir, sino más bien de constatar, la presencia de consignas, lejanas o cercanas, frente a estos movimientos de fondo de la humanidad, que, desde hace un cuarto de siglo, va deslizándose, paulatina pero incesantemente, por la pendiente de la desintegración.

Sabemos cuál es el momento religioso que sirve de punto de partida a esta síntesis regresiva. Hemos hablado de la Reforma en otras ocasiones. Hoy queremos referirnos al momento económico, que puede considerarse como consecuencia del religioso, dentro del mismo sistema de la gran estrategia del mal.

Queremos tomar como punto de partida de la gran revolución económica el momento en que John Law, en el siglo XVIII, descubre e implanta los principios del capital anónimo. Si no recordamos mal, la fundación de la Compañía General de las Indias fué una de las primeras manifestaciones de esta fórmula que tan gran influencia iba a tener en la vida moderna.

La calle Quincampoix de París fué la sede de la que pudiera considerarse primera Bolsa conocida, y a ella, y con gran algarabía, acudían cuantos tenedores de papel de la nueva Compañía entraban en el maravilloso juego de aumentar sus capitales sin esfuerzo y mediante la especulación de que eran parte y arte.

No nos interesa la anécdota ni vamos a historiar la evolución de un movimiento económico más que en lo que consideremos expresivo de la síntesis que tratamos de definir. Los señores de aquel tiempo desbocado de la Regencia francesa, con sus atuendos lujosos, sus pelucas y sus grandes carrozas, pueden considerarse como los últimos representantes de una época trascendental de la historia del mundo. La propiedad, en aquel entonces, venía vinculada en forma tal a las familias poseedoras de tierras y patrimonios, que sólo en casos aislados de franca dilapidación los bienes pasaban a manos distintas de la familia que los detentaba por generaciones sucesivas. Las monarquías que coronaban este estamento económico servían de poder mantenedor o regulador de aquel sistema. En manos de los Reyes, desde tiempo inmemorial, estaba vinculada la facultad de acuñar moneda.

El momento de Law fué un momento decisivo por cuanto creó el instrumento mediante el cual, y al reclamo de la codicia, la nobleza dejaba de «fijar» la riqueza, que iba a circular rápidamente de unas manos a otras. Surgieron los Bancos. La función crediticia, que por siglos y siglos fué oficio y beneficio de los judíos, pasaba a estas nuevas instituciones, en las cuales, y con gran aparato, hallaba cobijo el dinero. El inmenso movimiento de riqueza, que cada vez aumentaba más su velocidad de circulación creando nuevas obligaciones y derechos en sucesión vertiginosa, arrancó, por medio de la Revolución Francesa, de manos de la Realeza, la facultad de emitir moneda, dando así y con ello paso a una nueva y trascendental era económica.

La fuerza del dinero, que por siglos y siglos venía contenida por los Reyes y canalizada por los judíos, se desbordó tumultuosamente, dando lugar a una serie de fenómenos que no nos detendremos en analizar. Queremos, esto sí, señalar un hecho que tiene, a nuestro entender, enorme trascendencia. Por un momento, y como decimos, la riqueza se desbordó por el mundo, dando lugar a una distribución mucho más amplia de bienes y, sobre todo, a una muy grande movilidad de los mismos. Con esta «velocidad de circulación» aumentó vertiginosamente la riqueza y, consecuencia de esto, nació la gran empresa.

Como decimos antes, por siglos y siglos la función crediticia venía vinculada a los judíos, que imponían su ley y su orden a las economías de los reinos, siempre desordenados por guerras o trastornos. Cuando vino el nuevo orden, por un momento esta función reguladora se fué de manos de los Judíos, pero esto duró poco. Posiblemente, los Rotschild, a últimos del siglo XVIII, fueron los primeros que volvieron a empuñar las riendas del dinero, creando así y con esto un nuevo imperio: el de la gran finanza.

La fuerza tremenda que generaba la acumulación de riqueza en algunas manos dió origen a un nuevo concepto de ejercicio del poder: la internacionalidad. Creemos que los Rotschild son el punto de partida de esta nueva era, por cuanto en ellos nace esta circunstancia de intercomunicación, que se diluye en los cinco más importantes países de Europa por medio de estos cinco hermanos, que, salidos de la ghetto de Franckfort, dominan, en menos de cincuenta años, las finanzas del mundo.

La lección derivada de esta primera experiencia fué necesariamente aprendida, no sólo por los Judíos, sino por cuantos hombres de empresa vieron claro en este nuevo amanecer de poderío que se creaba alrededor del dinero anónimo. Sin embargo, la empresa que surgía como consecuencia de un impulso genial y poderoso de un hombre cualquiera, y que ponía por un momento en sus manos una inmoderada cantidad de poderío, tenía una vida limitada. Se considera que, como término medio, las grandes fundaciones familiares se desvanecen a la tercera generación, o sea que dejan de pertenecer a una familia para desaparecer o venir a fundirse en otras grandes agrupaciones de empresas que, con el nombre genérico de «holdings», han surgido en el mundo en el curso de esta última centuria.

Con estas grandes agrupaciones, la gran finanza adquiere su consagración definitiva. El concepto de anonimato con que nace, según hemos visto, este nuevo imperio de la gran finanza, viene, en estas «agrupaciones», elevado al rango de necesidad vital para la minoría de seres privilegiados sobre quienes se acumula el inmenso poder internacional derivado del oro.

Estos seres que llamamos privilegiados son, en una gran proporción, Judíos.

Como decimos antes, los Judíos aprendieron muy bien la lección derivada de la experiencia que ellos mismos, y por medio de los Rotschild, habían sustentado. Ahora bien, así como la empresa nacida del impulso familiar era de vida efímera, dentro del control de esta familia la empresa Judía no sólo persiste, sino que acapara y funde en un acervo común, y gracias a estas «agrupaciones», a cuantas empresas van desgajándose, por ley natural, de esta iniciativa familiar.

PLURA UT UNUM

En estos últimos cincuenta años hemos seguido atentamente los movimientos de estas inmensas agrupaciones, y hemos visto o comprendido las incalculables consecuencias que esta acumulación de poder podrían representar para la vida del mundo.

Al argumento de Dinero, dinero y dinero con que Napoleón justificó su fracaso, hace más de cien años, pueden sumarse cuantas expresiones del mismo orden se han venido produciendo, justificando el éxito o fracaso de guerras o de políticas.

Es imposible, hoy día, desconocer esta verdad irrefutable que caracteriza la era que vivimos. La voluntad de Reyes o de Jefes de otros tiempos, que, por imperativos religiosos o de ambición de dominio, desencadenaban guerras, o lanzaban a sus pueblos en aventuras políticas, viene, hoy día, relegada al campo de lo intrascendente. En cambio, pesa cada vez más en el destino de los pueblos el imperativo económico creado por esta acumulación y circulación de la riqueza, que pone en manos de estos pueblos la posibilidad o imposibilidad de manifestarse, según el grado de avance industrial conseguido. Pues bien, aquella facultad de decidir, que se ha desplazado del campo político y religioso al económico, ha venido a caer, finalmente, en manos de los Judíos.

Si entendiésemos esto entenderíamos muchas cosas y, sobre todo, estos trascendentales contrasentidos que han sido, y continúan siendo, exponente inexplicable de la política europea de estos últimos tiempos.

A todos nos es dado venir a establecer una relación entre la fuerza político-social de cualquier potentado que conozcamos y la del hombre medio. A nadie se le escapa que el ser privilegiado que puede desplazarse con facilidad y comprar y vender cuanto se le antoja ejerce una influencia considerable en todos los medios económico-políticos de su país. Pues bien, si esta fuerza indirecta puede atribuirse a un estamento que, como el Judío, es capaz de articular un sistema que le permita dirigir la acción de estas inmensas fuerzas acumuladas, no puede extrañarnos que la influencia que de este sistema se deriva pese decisivamente sobre quienes *aparentemente* dirigen la política de los pueblos. Si entendemos esto entenderemos también que esta fuerza del dinero, que se manifestó internacionalmente hace ciento cincuenta años mediante la experiencia de los Rotschild, debe ahora estar constituida en forma tentacular que le permita dirigir y coordinar su acción en todos los lugares de la tierra mediante la presencia en ellos de intereses o de hombres afines.

Todo, así, puede explicarse si se entiende, además, que desde hace más de cincuenta años todos cuantos trastornos ha sufrido el mundo han ido dirigidos a destruir, en fondo y forma, cuantos Estados, imperios o monarquías eran capaces de mantener, dentro del mundo, un orden Cristiano. Este sistemático desarticular ha sido producido no sólo por las guerras; el socialismo, con su extensa gama de adaptaciones, o el escalado de sus matices, ha venido recogiendo, de entre estos escombros de Estados arruinados e inertes, los materiales precisos a la creación de una internacionalidad mundial.

La trayectoria es clarísima. El apoyo material de estos anónimos promotores se ha venido desplazando de un sitio a otro, según convenía a la gran estrategia judía. Hemos visto a Hitler surgir poderoso de la nada apoyado en un sistema militar poderoso creado por arte de magia en cinco años. Hemos asistido a la destrucción de Europa como consecuencia del choque de estas fuerzas con las aliadas. Estamos viendo el nuevo choque entre otro inmenso ejército nacido de aquel contraste y lo que pueda ser la improvisación americana. En cualquier caso, la nueva guerra se nos antoja como un peligro gravísimo para la humanidad, contenida todavía dentro de formas conocidas, y un salto inevitable de esta humanidad dado en el vacío de la internacionalidad.

Y éste es el punto dramático a que ha llegado el mundo. La internacionalización de extensas zonas, o muy posiblemente la del mundo entero, viene inevitablemente como consecuencia de este próximo contraste. Si triunfa América, o si triunfa Rusia, el mundo ha de vivir sometido a unas leyes comunes que dejarán poco espacio a la iniciativa nacional para manifestarse.

Pues bien, *sea cual sea el resultado de esta lucha que se avecina, y frente a cualquiera de las dos internacionalidades que surja del caos, están «Ellos».*

«Ellos», desde luego, son judíos. Viven en el anónimo que nace de la impersonalidad del dinero y se escudan tras los baluartes impenetrables de la gran Banca Internacional. Su inmenso poderío les permite crear, pieza por pieza, los Gobiernos de estos países en los cuales radican y que forman el núcleo rector del mundo. Dan o niegan empréstitos, e impulsan o paran los movimientos sociales o políticos en los distintos países. De hecho, el mando internacional es ejercido por ellos desde hace mucho tiempo.

No queremos extendernos en una demostración documentada sobre hechos y signos plenamente expresivos de esta realidad. Otros lo han hecho, y nosotros entendemos que es mejor que cada cual deduzca lo que pueda.

Toda la gama de asociaciones distintas, públicas o secretas, que en acción directa o indirecta se han producido, han sido y son intervenidas por «Ellos». La masonería, con todas sus derivaciones y sectas, el comunismo y el fascismo han sido y son elementos conjugados para orientar una acción en un determinado momento. La masonería principalmente ha servido y sirve para producir complicidad y mantener asidos a elementos que pueden ser sucesivamente utilizados. La forma interesa menos que el fondo, y el fondo es tal y como lo denunciáramos.

El socialismo, tal y como Donoso Cortés intuyó en un tiempo, ha sido y sigue siendo el ariete lanzado incansablemente contra la fortaleza de las sociedades Cristianas. El socialismo fué y sigue siendo un arma judía...

Esta es la realidad del hoy que nos abruma. Ahora bien: cumpliríamos mal nuestra misión si nos limitásemos a consignar esto que pertenece a lo que podríamos llamar concepto natural de la Historia. Para situar el problema en su verdadera y auténtica dimensión es preciso remontarse a otras esferas. Conocidos los efectos, hemos de tratar, si es posible, de investigar las causas.

Para cualquier observador atento que se atreva a entender la historia del mundo en su total dimensión, es indiscutible que el pueblo judío puede ser considerado como la espina dorsal de la Historia.

Incluso para los más escépticos, esta presencia y permanencia del pueblo de Israel, siguiendo, en el curso de milenios y centurias, un destino predicho, constituye una materia a considerar atentamente.

Con esto se entra en lo que podríamos llamar sentido sobrenatural de la Historia, y a esto vamos a dedicar, en la medida de nuestras pobres fuerzas, la segunda parte de este escrito.

Somos, desde luego, los menos indicados para emprender una disquisición de altura sobre tan importante materia, y nuestra pretensión debe delimitarse a lo que corresponde a nuestra insuficiencia y al fin que perseguimos de servir de avanzadilla de otros mucho más importantes trabajos.

Nuestro instinto nos llevó, hace ya muchos años, a detenernos a considerar este inconcebible destino del pueblo de Israel tramado de esencia y presencia sobrenatural. No es posible, científica ni racionalmente, desentenderse de esta verdad irrefutable de la presencia del pueblo de Israel, ni es posible dejar de entender el destino a que fué sometido de andar disperso y errante en la Historia, hasta que, cumplidos los tiempos, la predicción alcance su total y definitiva plenitud.

Esta sola constatación de una trayectoria de castigo im-

puesta y predicha por mandato de Dios Nuestro Señor al pueblo deicida, y que transcurre sin alteración durante cerca de dos mil años, es, a nuestro entender, la más importante lección de política de todos los tiempos. Todos cuantos pretenden conocer el sentido de la Historia sin tomar como punto de partida esta elemental premisa, construirán sobre las arenas variables de la inconsistencia, y su concepción se desvanecerá entre lo vulgar e intrascendente.

Tenemos la obligación ineludible de entender el pasado del pueblo de Israel, por cuanto el destino nos lleva irremediablemente a formar parte de su futuro. No es posible, como decimos antes, desentendernos de una tan clara indicación como la que nos trae este pasado tan conocido y autenticado por esta realidad indiscutible de dos mil años de castigo de Dios.

Lo que ha recibido tan notoria y palpable confirmación debe de ser, finalmente, entendido, y si lo predicho entonces ha sido hasta ahora realidad, hay que entender que lo que viene lo seguirá siendo. No está al alcance del hombre entender en forma matemática la medida de Dios, y es, por tanto, ingenuidad, en la que no podemos caer, atribuirnos calidad de augur para especular sobre el «cuándo» de estos momentos cruciales. Para Dios Nuestro Señor no existen términos de tiempo o de distancia, y el pretender ajustar la infinita pequeñez de tiempo que nos ha sido atribuida a la tremenda dimensión de Historia en la que transcurren estas inmensas perspectivas de Dios, sería salirnos de los lindes de la razón.

Podemos, eso sí, entender lo pasado y ver la forma y manera en que los hechos responden a la predicción. Podemos, apoyándonos en esta confirmación, deducir la trayectoria que en cierto modo se seguirá, pero esto es todo.

No podemos ignorar que el pueblo deicida no deja, por ello, de ser el pueblo de Dios. Mientras dure la desviación durará el castigo, y esta condición soberbia que lleva a estas gentes a persistir en la negación las lleva también a persistir en la línea del mal. Este pueblo, repudiado y ensoberbecido, sigue, inconscientemente, llenando su tiempo de castigo en la Historia, con errores y desvíos cada vez más patentes. Ellos y nosotros somos y vamos a ser víctimas de esta trayectoria de dolor hasta que se cumplan los tiempos...

Mientras tanto, la pequeñez de nuestra condición sólo nos permite entender lo más cercano del presente, deduciendo consecuencias del pasado y aceptando para el futuro la línea que nos traza la voz profética que desde el fondo de los tiempos nos precede. El cercano presente nos da a entender que parte importante de lo predicho está aconteciendo. Los signos son inconfundibles. El Reino de Dios en un mundo unificado en cuyos remotos confines se haya oído Su Voz es ahora posible. El Reino uno será, posiblemente, consecuencia de esta internacionalidad que avanza a pasos agigantados.

No sabemos cuándo ni quién producirá esta circunstancia definitiva de un mundo sujeto y ordenado a una ley común. Lo que sí sabemos es que esto está más cerca hoy que en aquel cercano 1492 en que el nuevo mundo se abrió a nuestras atónitas miradas y más cerca que en aquellas remotas edades en las que el «Mare Nostrum» era prácticamente el mar del mundo.

Tampoco podemos desentendernos del signo clarísimo que destaca a Israel nuevamente, llevándole de la condición dispersa absoluta al terreno de la nacionalidad.

Es posible que todo esto no sean más que signos, pero signos son, claros y precisos, de que algo profundo y decisivo se inicia o se consuma.

Hemos de entender que un día, al final de los tiempos,

el pueblo de Israel volverá a Dios, pero mientras tanto no podemos menos que constatar la teoría materialista que los Judíos han instaurado, persistiendo en el antiguo pecado que les llevó fuera de la Ley de Dios. Siguen fuera de esta Ley, y alejados de Dios le combaten con furia satánica, tratando de intronizarse «Ellos», como el ángel malo lo hizo antes de que la vida amaneciese.

«Ellos» son, todavía ahora, la encarnación del mal en su más amplio sentido. Respetando o siguiendo las consignas del Ángel malo, fomentan la soberbia del hombre con el culto al hombre, y lo lanzan, en absurda y ciega trayectoria, a suplantarlo a Dios.

Que ésta es, en definitiva, la teoría que siguen las fuerzas materialistas, camufladas con los distintos atuendos que la democracia les depara para disimular su auténtica condición.

Desde luego, detrás de todos estos movimientos democrático-materialistas están «Ellos». Véase, si no, la coincidencia de fechas entre las distintas etapas de la floración materialista. En menos de cien años surgen la masonería, la Revolución Francesa y el movimiento económico que personifican los Rotschild. Karl Marx y el comunismo se desprenden, como fruta madura, de este frondoso «árbol de la libertad», que, plantado por los «sans culottes», sigue produciendo «descamisados».

«Ellos» siguen implacables atacando despiadadamente a todo cuanto nace de la presencia en la tierra de Jesucristo Nuestro Señor.

Las sociedades Cristianas siguen siendo, para «Ellos», su culpa y su remordimiento. Tienen en su mano un argumento, según creen, capaz de desintegrarlas, y van a utilizar este argumento en toda su amplitud. Este argumento de desintegración es el materialismo democrático, y la punta de lanza mediante la que penetrarán fácilmente en la linfa inconsciente de las sociedades Cristianas es el liberalismo naturalista. Van a tener en sus manos, por designio de Dios, el argumento mismo que el Señor combatió, y van a servirse de él para combatir nuevamente al Señor. Como este «boomerang» australiano, pretenden hacer que el materialismo, lanzado por Jesús fuera de la ley, vuelva a Él para crucificarlo nuevamente.

Atacan a las sociedades Cristianas por su base. Construyen un becerro de oro de «bien vivir» y se sirven de sus áureos destellos para deslumbrar a estas incautas sociedades de Occidente. Como consecuencia del liberalismo crean la transigencia y el apaciguamiento, y mientras ondean las banderas del bien vivir, conducen a estas sociedades a la muerte.

Estos son «Ellos», que no están en ningún sitio y llegan a todos lados. Toman las formas más insospechadas y se refugian en las apariencias menos sospechosas. Saben que en el fondo de cada hombre existe un principio animal que le invita a acogerse a fórmulas amables de «bien vivir» y explotan cuidadosamente esta tendencia. Ponen al hombre frente al dilema entre lo que obliga y lo que conviene, ofreciéndole la ancha vía de la comodidad. Desvía su atención mediante el juego variado de los alicientes que origina el progreso, invitándole al optimismo y a la despreocupación.

Por fin, son «Ellos» quienes están detrás de todas las guerras, dando fuerza o quitándosela a los distintos bandos, según la conveniencia de su alta y despiadada política. Los hombres no importan para estas gentes que no tienen Dios.

Otros han denunciado antes estas presencias ocultas. Nosotros lo hacemos ahora y así, porque entendemos ser llegado el momento de conocer algo de fondo del ocaso Cristiano de Occidente.

22 de agosto de 1950.

C.

LO QUE SE HARÁ

Un revulsivo eficaz

¿Cuáles serán las consecuencias fundamentales de los acontecimientos desarrollados en Corea? No resulta muy fácil responder a esta cuestión, y sin embargo de su contestación efectiva, no con meras palabras, sino con una definida actitud por parte de las potencias occidentales, depende en gran parte la futura evolución de las relaciones internacionales y la posibilidad de una estabilización en la situación política mundial, por lo menos durante un cierto período de tiempo.

Por de pronto, la invasión de Corea del Sur ha repercutido sensiblemente en la actuación política internacional de los Estados Unidos, modificando de algún modo la concepción peligrosa que presidía la misma en vigiliadas del aldabonazo dado por los satélites de Moscú en el Asia oriental. No sería exagerado decir que el cambio substancial operado en la zona del Pacífico como consecuencia de la no esperada agresión, tuvo en Norteamérica todos los efectos de un potente revulsivo que puso al descubierto las tremendas fallas de una política de alcance universal, cuyo punto central parecía radicar en el convencimiento de que, no obstante todos los datos contrarios, era posible y hasta muy probable alcanzar un acuerdo con la Unión Soviética en vistas a estabilizar la precaria paz que disfrutamos. Algunos personajes influyentes en la esfera gubernamental norteamericana no se recataron en manifestar en los días anteriores a la invasión comunista de la Corea meridional, su punto de vista favorable a semejante acuerdo, con lo cual, al tiempo que insinuaban la existencia de una base suficiente para lograrlo, aseguraban su positiva viabilidad.

Se comprendería así mejor la política pendular de los Estados Unidos, que si bien en ocasiones podían hacer suponer que se hallaban dispuestos a afrontar determinadas situaciones, nunca llegaron hasta las últimas consecuencias que las circunstancias exigían, ni dejaron la impresión de que trataban de alcanzar un objetivo perfectamente establecido. Más aún: en algunos momentos las resoluciones de los supremos definidores de la política exterior norteamericana, prescindían abiertamente de los factores esenciales que calificaban las cuestiones suscitadas en diversas regiones del planeta, con lo cual lejos de aminorar sus lógicas derivaciones, las complicaban innecesariamente y peligrosamente, dando la sensación de obrar en completa desproporción con los fines apetecidos. Con ello, reaccionaban al igual que podría hacerlo un jardinero que al ver invadida su rosaleda por una plaga de escarabajos, se entretuviese, según la comparación de Burnham, en situar en el jardín recipientes de ron para emborrachar a los insectos, o colocase un perro de guardia en la puerta, o escribiese cartas de protesta al Ministerio de Agricultura. Con semejante desconocimiento de la realidad, de los efectos y de sus causas, se han comportado en varias ocasiones los políticos y diplomáticos estadounidenses.

Pero Norteamérica, lo quiera o no, representa un papel destacado de protagonista en el drama que viene representándose en el mundo desde la pasada guerra mundial, y lo quiera o no, se ve directamente afectada por la marcha de dicha representación. La postura, más o menos cómoda, al estilo de la adoptada por el jardinero del anterior ejemplo, puede mante-

nerse durante un cierto período de tiempo y hasta puede ser presentada como la más conveniente para el país, pero la realidad, que desvanece ensueños y quimeras, se encarga pronto de demostrar lo inadecuado y absurdo de la misma, y gracias a Dios cuando se llega todavía a tiempo para rectificarla y enderezarla conforme lo exige la naturaleza de las cosas.

La agresión comunista a través del paralelo 38 ha tenido esa virtud. Los Estados Unidos se han dado cuenta, al parecer, de sus responsabilidades y aceptan sin vacilación el reto lanzado por la Unión Soviética. La presencia de las fuerzas armadas norteamericanas en Corea, representaría la exteriorización de un cambio profundo operado en los organismos políticos responsables de Washington, convencidos al fin de que la política de vacilación frente a la U. R. S. S., revestida alternativamente por las formas opuestas pero coincidentes en definitiva, de un disimulado aislacionismo o de una descarada actitud de apaciguamiento, lejos de aminorar las posibilidades de una tercera guerra mundial, impulsaba al mundo a una crisis que podría ser decisiva. El impulso real operado en el terreno económico y en el más visible del rearme, significaría así la inauguración de una política de firmeza ante el expansionismo soviético.

Partiendo de tal supuesto, que el futuro se encargará de comprobar, sería más fácil pronosticar la conducta futura de los Estados Unidos.

Dureza retórica, dureza real y política de dureza

Pero limitándonos a enjuiciar los momentos presentes, tal como resultan de los hechos conocidos, no podemos menos de expresar nuestra convicción de que, aparte del hecho de la agresión armada, algo más importante debe haber sucedido capaz de provocar un cambio que pudiera ser trascendental en la política mundial de Norteamérica. Corea por sí misma, ¿es motivo suficiente para haberlo determinado? ¿Por qué lo ha sido Corea y no lo fué China o Grecia o Checoslovaquia? ¿Por qué precisamente en 1950 y no en 1948 o 1949?

Quizá en otras ocasiones, la tensión existente entre los dos bloques enemigos había sido mucho más fuerte que en el pasado mes de junio, pero es ahora, cuando llega la noticia de la crisis coreana, que el complicado mecanismo político y militar centralizado en Washington se pone en movimiento y trata de modificar substancialmente la línea de conducta seguida hasta entonces.

Podría pensarse —no olvidemos los acuerdos secretos entre Roosevelt y Stalin, algunos de los cuales no han sido todavía desvelados— en la existencia de algún convenio, siquiera tácito, entre las dos grandes potencias, fijando los límites a sus respectivas zonas de influencia; dentro de este supuesto no sería extraño que el paralelo 38 constituyese una de las fronteras ideales trazadas por mutuo consentimiento. Ello explicaría la anterior retirada de los norteamericanos en Corea y la vacilación de que da muestras hoy el Gobierno estadounidense al considerar la posibilidad de perseguir a los ejércitos comunistas más allá del citado paralelo.

Esta posibilidad nos obliga a ser sumamente cau-

telosos sobre el hecho mismo de una transformación radical en la política exterior de los Estados Unidos.

Burnham explica que en 1946 pareció iniciarse una modificación en la conducta diplomática de Norteamérica, que muchos observadores consideraron como el inicio de una política de dureza con Rusia. Pero poco después los acontecimientos sobrevenidos en el Irán, demostraron claramente que la denominada política de dureza era de índole puramente "retórica", es decir una política en la que, como dice el propio Burnham, las palabras no van de acuerdo con las acciones (1). Ciertamente que esa dureza retórica podría a la larga convertirse en una dureza real, pero tampoco semejante transformación sería suficiente para darnos razón de una orientación política adecuada a lo que exige la situación actual del mundo. "Se puede imaginar y concebir —escribe Burnham— el aniquilamiento del Ejército rojo en el campo de batalla, pero las condiciones de la crisis política mundial seguirían sin modificar y, por tanto, no se habría resuelto en nada esa misma crisis. El mundo no estaría más cerca de un orden político viable."

Esto es exactamente lo que podría ocurrir ahora. La derrota del ejército comunista coreano, no implica necesariamente un cambio fundamental en la visión política básica de los problemas internacionales por parte de los personajes de la Casa Blanca. La perplejidad que existe en torno a Formosa y los formidables alegatos del general Mac Arthur contra una nueva forma de apaciguamiento, podrían significar que la desorientación todavía continúa y ello añadiría un indicio más de que la trayectoria señalada por el difunto Presidente Roosevelt pesa todavía extraordinariamente en la política del Gobierno norteamericano.

(1) James Burnham. *La lucha por el Imperio Mundial*.

Lo que se hará

Pero, ¿es que resulta imposible que los Estados Unidos se decidan a revisar su orientación política conforme lo demandan las circunstancias especiales del mundo de la postguerra y su posición preponderante en el conglomerado de los países del Occidente?

"Si hemos de juzgar por los hechos y datos que tenemos ahora a nuestro alcance, deberíamos pensar que es improbable la adopción por los Estados Unidos de una política mundial firme, sustancial, a largo plazo. Y no es sólo improbable que adopte y lleve a cabo una política adecuada; es decir, la política del orden mundial democrático, sino que parece igualmente improbable que adopte incluso alguna versión de una política menos adecuada y conveniente, y perseverare en ella."

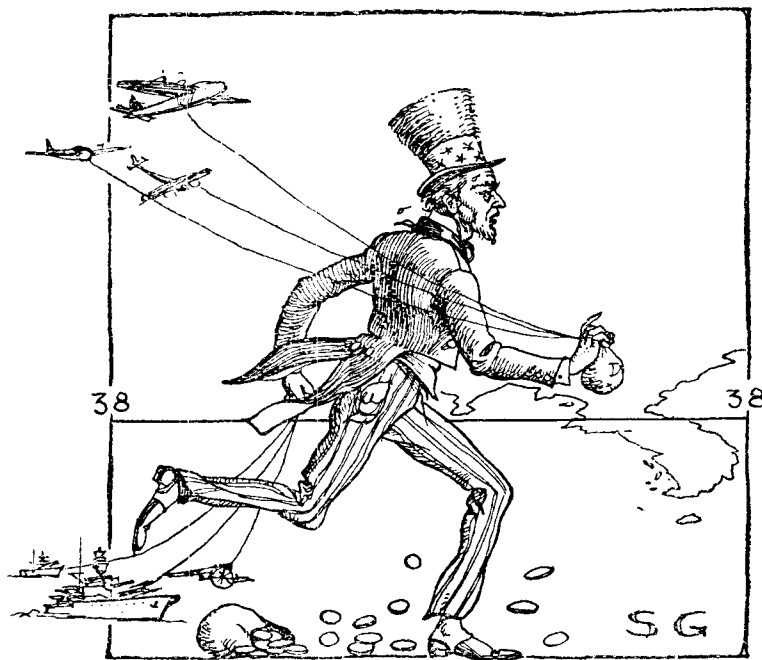
Esta impresión pesimista la explica Burnham por la influencia de dos factores preponderantes: primero, porque la práctica habitual de los políticos americanos es oportunista; segundo, porque toda modificación en la política exterior "están más dispuestos (los políticos) a valorarla por el efecto que pueda tener en los votos de la elección próxima, que por sus consecuencias en la agrupación de las fuerzas políticas del mundo".

Después de estas afirmaciones, Burnham llega a la conclusión con la que cerrábamos nuestro artículo anterior. Conclusión que podría ser definitiva, porque una actitud vacilante no hará que la tormenta que amenaza vacile por su parte: sólo servirá para que cuando descargue nos encuentre totalmente desprevenidos e indefensos.

La futura conducta política de Norteamérica después de la desgraciada experiencia de Corea, nos dirá hasta qué punto la previsión de Burnham está de acuerdo con la realidad de los hechos.

José-Oriol Cuffi Canadell

UN EXTRAÑO CAMBIO



Después de la hora del paralelo 38

DOMINGO MISIONAL DE LA PROPAGACION DE LA FE
22 DE OCTUBRE

El Año Santo y las Misiones

Toda la vida católica de la hora actual ha sido concentrada en torno al Año Santo. Y el Año Santo ha alcanzado unas características que le colocan, dentro de la Iglesia, en el marco del mundo misional de una manera destacada y, podríamos decir, preferente. Porque uno de los signos distintivos de este Año Santo es la universalidad; universalidad que se está haciendo patente en los fines del Año Santo, en la afluencia a la Ciudad Eterna de los católicos de todas las razas, en la exaltación a la gloria de los altares de figuras estrechamente vinculadas con la obra de las Misiones, en los Congresos y Exposiciones, que constituyen una manifestación viva de la unidad cristiana y de la catolicidad.

Ya en la Bula de Promulgación del Año Santo, el Santo Padre señaló como objetivo la oración por la conversión del mundo infiel: "Hemos de pedir a Dios con insistencia... que todos aquellos que todavía no han llegado a la luz de la verdad católica o vagan errantes fuera del camino recto... iluminados por la luz de lo alto y vencidos por la gracia, sean atraídos a la obediencia de los preceptos evangélicos."

En el solemne radio-mensaje de la apertura del Año Santo, el Papa se colocó como un vigía de la catolicidad, en la atalaya vaticana de la Puerta Santa para contemplar desde ella y mostrar a los católicos como la mejor fuente de esperanza y de consuelo, el camino recorrido por la Iglesia misionera desde el Jubileo de 1925: "Este año Santo —dijo Pío XII en aquella memorable ocasión— verá multiplicarse las conversiones a la fe cristiana de los paganos en tierras de misión. Os servirá ciertamente de consuelo saber que, desde el Jubileo de 1925 hasta hoy se ha más que doblado el número de los cristianos de aquellos lejanos territorios, mientras en algunas regiones de Africa ha llegado a ser una base de la vida social mediante el influjo cristiano ejercido profundamente sobre las costumbres públicas y privadas."

Y el mismo Santo Padre ha sido un gozoso testigo de este incontenible progreso de la Iglesia Católica, al contemplar a sus pies, mezclados en los grupos de peregrinos, que acuden a Roma desde todos los confines de la tierra, a representantes de las más diversas cristiandades de tierras de misión. A los pies del Papa se han presentado peregrinos del Africa Central, de la Guinea española, cingaleses, chinos, indonesios, etc., Estos católicos recientes han testimoniado al Santo Padre la fidelidad más insobornable y el más ardiente entusiasmo. Ellos han traído hasta la piedra inmovible de Roma la representación de todos los católicos de tierras de misión y, en cierto sentido, también han sido portadores de la imprecisa esperanza de aquellos que un día encontrarán la luz verdadera de Jesucristo. Juntamente con los peregrinos de tierras de misión, el Año Santo ha llevado a Roma a estos hombres y mujeres heroicos, que son los misioneros. Dejando por unos días sus tareas apostólicas, misio-

neros de las tierras más remotas han llegado a la Ciudad Eterna para rendir testimonio de fidelidad y para reafirmar su fe en la hermosa tarea que llevan entre manos.

El signo misional del Año Santo se ha reafirmado con la glorificación en los altares de algunas figuras, cuya vida y obras están estrechamente relacionadas con el mundo de las Misiones. Para el católico español merece destacarse la canonización del P. Claret, alma eminentemente misionera, cuya obra, los Hijos del Inmaculado Corazón de María, ha seguido el pensamiento y el impulso del fundador y ha podido ofrecerle en el momento de la suprema glorificación la ofrenda de sus Misiones en América, en China y en Africa. Y un sentido misional, dulce y seductor, tiene también la canonización de la Beata Mariana de Jesús de Paredes, la "Azucena de Quito". Junto a los santos modernos esta santa del siglo XVII ha constituido la evocación de la grandiosa gesta misionera llevada a cabo por España en las tierras de América. Santa Mariana de Jesús, dulce, pura, heroica, ofreciendo su vida para evitar el azote de Dios sobre la ciudad de Quito, es también un símbolo de todos aquellos misioneros que propagaron la fe e implantaron la Iglesia de Dios en las tierras americanas.

* * *

De una manera especial, el movimiento misional del mundo católico ha de recibir un impulso y un vigor por la influencia del Congreso Internacional de Misiones, que al concentrar en la Ciudad Eterna a los principales directivos de las Obras Misionales Pontificias de todo el mundo y al estudiar los problemas más interesantes de la cooperación misional abre una etapa nueva a la Obra de las Misiones.

Teniendo en cuenta esta panorámica visión del Año Santo y de su estrecha relación con las Misiones católicas, no es de extrañar que el DOMUND de 1950 revista un carácter extraordinario y refleje también por la universalidad de la cooperación, por la generosidad de las aportaciones y por la maravillosa estructura de la Obra Misional Pontificia de la Propagación de la Fe, ese signo de unidad y catolicidad que es tan característico del Año Santo.

Por eso Mons. Costantini, Secretario de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, al dirigir al mundo católico el llamamiento oficial para el DOMUND de 1950, ha dicho estas palabras: "Unidad y catolicidad; ante el Vicario de Cristo desaparecen las diferencias de raza, de color, de cultura y nacionalidad. Todos los cristianos son igualmente hijos suyos: blancos, negros y amarillos. Cualesquiera que sean los acentos de sus diversos idiomas. Este espectáculo es tan imponente y luminoso, que desde los mismos países de misión, paganos y hermanos separados sienten la augusta belleza y santidad de la Iglesia Católica y se ponen en camino hacia Roma cual singulares peregrinos sedientos de luz y de consuelo."

EN NUESTRO PROXIMO NUMERO

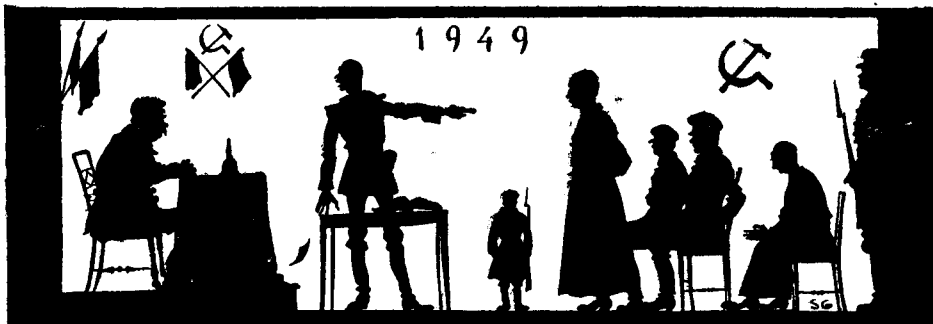
Comenzará la publicación de la reciente Encíclica de S. S. Pío XII, «HUMANI GENERIS», en texto latino y castellano.

Y con motivo de la «actualidad de la fiesta de Cristo Rey» procurará mostrar a sus lectores de qué manera el acatamiento de la Realeza de Cristo se concreta en la filial devoción y obediencia a la autoridad paternal del Romano Pontífice, en quien debemos ver a Cristo viviente en su Iglesia.

LA SOMBRA DE BELA KUN

por José-Oriol Cuffí Canadell

Precedida de una Carta al autor,
del Excmo. y Rvdm. Sr. Obispo
de Barcelona



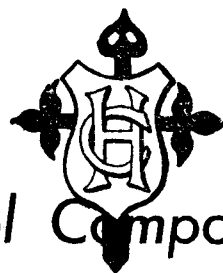
2.^a edición, agosto de 1950 — Precio: 10 pesetas

J. GRENZNER MONTAGUT

INGENIERO

Construcciones Urbanas e Industriales
Obras Públicas

Ronda San Pedro, 27, 2.º, 4.º - Teléfono 21 20 58
BARCELONA



Hotel Compostela

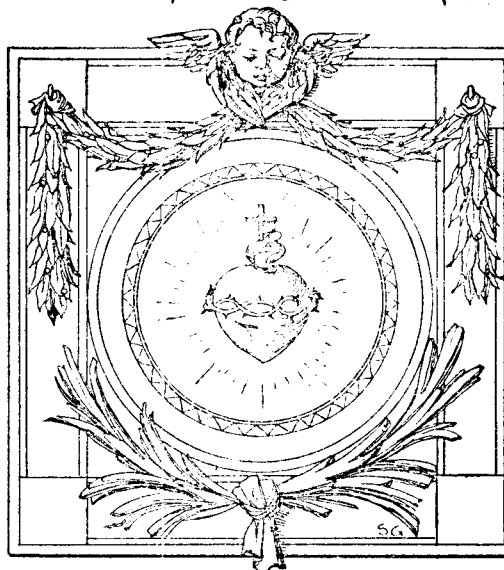
PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA



*Visite las Cuevas
de Artá*

EMISARIA DE CRISTO REY



SOR MARIA DEL DIVINO CORAZÓN

PRÓLOGO POR EL P. RAMÓN ORLANDIS, S. I.

PUBLICACIONES «CRISTIANDAD»

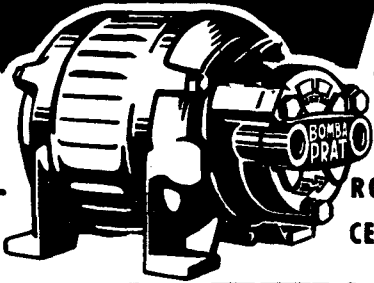
Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Tel. 22 24 46



CAUDAL DE AGUA ES CAUDAL DE ORO

*Cada problema
de agua
tiene su
solución PRAT*

ELECTRO-
BOMBAS



ROTATIVAS Y
CENTRÍFUGAS

PRAT
PATENTES INTERNACIONALES

BOMBA PRAT S. A.
BADALONA · ESPAÑA

DETALLISTA... recuerde Vd. que

Comercial Ferretera, S. A.

es el primer almacenista de España
en baterías de cocina

Pasaje de la Paz, 5 - Tel. 21 98 21 - BARCELONA

Industrias Riera - Marsá

PRODUCTOS ALIMENTICIOS
HARINAS INDUSTRIALES

Hipólito Lázaro, 21-25 Teléfono núm. 251571
BARCELONA

FRANCISCO GAMBUS

Casa fundada en 1834

Aceites de Oliva - Industriales y Comestibles

Vía Massagué, 77 y 77 bis - Teléfono 1794
SABADELL

RESERVADO
«SANTA FE»

FYTISA

Filtros y Tejidos Industriales, S. A.

San Pablo, 26 - Teléfono 1877 SABADELL

J. N.

VICH

J. M.^A P.

RESERVADO

B. S. A.

CORDELERIA DE ALGODON

VALENTIN BONASTRE

Eva Huguet, s/n * Teléfono 1572
MANRESA



HIJOS DE M. CONDEMINAS

Casa fundada en 1864

Navieros - Consignatarios de Buques - Fletamentos - Comisionistas de Tránsitos - Contratistas de trabajos Portuarios - Servicios Marítimos Regulares Barcelona-Puertos Intermediterráneos Reino Unido y Bélgica - Brasil - Plata - Centro América - Norte - Pacífico - Extremo Oriente. - Casa Central: Barcelona - Paseo de Colón, 11 - Telegramas: Conde-minas. - Sucursales: Almería - Madrid - Málaga.

RESERVADO